

Selecta

El corazón de un libertino 1

*Un amor
inesperado*

Kathia
Iblis



Un amor inesperado
El corazón de un libertino 1

Kathia Iblis

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

A todas las personas que anhelan un amor inesperado

Prólogo

Londres, 1870

—Ahora, muñequita preciosa, no nos causes problemas o de lo contrario nos obligarás a herirte —susurró el más alto de los dos hombres, apenas oculto por la penumbra en el interior del carruaje.

—Pe-pe-pero, Ch-ch-charles dijo que... —lo interrumpió su acompañante, que Calíope recordaba tenía una notable cojera y fue precisamente eso y su contextura delgada lo que se ganó su confianza cuando él se le acercó para informarle que su tía lo había enviado a buscarla.

—Charles exigió que la lleváramos con vida, no mencionó nada respecto al estado en el que debíamos entregársela —prácticamente le gruñó en respuesta mientras continuaba con toda su atención focalizada en ella. El frío brillo de sus ojos fue lo que la asustó. Era la clase de mirada que tan solo poseían aquellas personas sin conciencia alguna.

Más por autopreservación que por cualquier otra razón, Calíope desvió ligeramente la mirada en dirección a los detalles que cada tanto se podía vislumbrar recostada como estaba sobre el asiento. Al menos podía agradecer que fuera mullido, y que tan solo se hubiesen limitado a maniatarla y colocarle una mordaza en la boca, aunque de ninguna otra manera ayudaba a su causa. Tenía que escapar tan pronto se le presentase una oportunidad. Nadie sabía de su llegada antes de tiempo a la ciudad y, hasta que su tía no avisase que no la había hallado al día siguiente en el muelle, estaba por su cuenta.

—De-de-déjala tran-tran-tranquila, Lock. —Finalmente el otro hombre pareció hallar algo de coraje porque se interpuso entre ambos pese a lo reducido del espacio.

—Eres solo un pobre y estúpido tartamudo, Harry. ¿Cuándo vas a

comprender que las señoritas estiradas como ella no se fijan en insectos como tú? —se burló el hombre y lo apartó de un empujón para luego acercársele hasta que Cali pudo sentir su pútrido aliento bañarle el rostro—. En cuanto a ti: mejor que no recuerdes nada.

Tardó unos segundos en comprender y cuando lo hizo, se retorció en un intento por apartarse del alcance del hombre. Lo cual resultó imposible. Un sucio paño fue presionado contra su rostro, y pronto todo se volvió borroso hasta que la oscuridad pareció cubrirlo todo.

Lord Alexander Sebastian Kensington, duque de Warwick, cerró los puños con fuerza e inhaló hondo varias veces en un intento por controlar su temperamento. De lo contrario, terminaría retorciendo el cogote de su hermano menor Charles, quien, pese a todas las promesas hechas a la duquesa viuda, nuevamente había logrado arrastrar el apellido de su familia por los suelos. Con las consabidas consecuencias, una en particular que no deseaba analizar en profundidad hasta que no estuviese más calmado.

Ya el último problema había sido tan comentado que hasta él mismo se vio forzado a ocultar sus más recientes conquistas o, al menos, asegurarse de que su abuela jamás escuchase nada al respecto. Precisamente por eso se había limitado a involucrarse con damas en su misma situación. O así fue hasta que Arabella Clemens, la famosa actriz, aceptó convertirse en su amante.

El descubrirla horas antes en brazos de su compañero de reparto, ambos retozando en el departamento por el cual él pagaba los gastos, logró agriar su humor y no tardó en dar por terminado su convenio. Si tan deseosa estaba por andar con otros hombres, entonces ellos bien podían hacerse cargo de sus gastos.

A sus treinta y cinco años, y siendo poseedor de uno de los títulos más antiguos y prestigiados del reino, no tenía necesidad alguna de estar soportando caprichos femeninos cuando ellas corrían en tropel a su cama. Tan pronto solucionase las cosas con su hermano, arreglaría para encontrarse con sus amigos en el lugar de siempre. Una noche de distracción era lo que necesitaba. Y nada mejor para ello que una visita al Black Cat para relajarse y olvidarse de todo.

El trueno estalló cerca y el sonido de las gotas de lluvia golpeando el techo del carruaje le hizo maldecir. Lo último que necesitaba esa noche era que hasta el clima conspirase en su contra.

—¿Milord? —Angus, su cochero de confianza, esperaba junto a la puerta abierta cuál sería su decisión. Lo conocía lo suficiente como para saber que bien podía cambiar de idea respecto a lidiar con su hermano en su estado actual, pero, al escuchar la lluvia comenzar a caer con mayor fuerza, decidió postergar la visita al *club* de caballeros.

—Eso será todo por esta noche —le informó mientras se apresuraba a abandonar la protección del vehículo. Pero apenas si se alejó unos pasos que se giró de nuevo en dirección al hombre—. Averigua qué se trae mi hermano con la señorita Meredith Sommers.

Con apenas un asentimiento perceptible, Angus se apeó al carruaje y se alejó en dirección a la parte trasera de la propiedad. Para obtener la información que le solicitaba, debía pasar lo más desapercibido posible.

Se giró de nuevo en dirección a la solitaria casa y fue cuando un relámpago lo iluminó todo por unos instantes: le pareció observar movimientos en su habitación, pero al instante lo descartó. Ni siquiera Charles era tan suicida como para irrumpir ahí. No luego de lo que había ocurrido varios años atrás. Pese a que siempre se le inculcó la lealtad hacia su familia, una noche, después de haber acompañado al difundo duque a supervisar las propiedades, descubrió que no solo Charles había estado haciendo uso de todas sus pertenencias, sino que, además, había osado golpear severamente a una de las hijas del capataz de las caballerizas y había intentado comprar el silencio de la familia con una de las joyas de su madre... Faltaba decir que fue necesaria la intervención de su abuelo para calmar los alterados ánimos. Y el díscolo muchacho fue enviado a pasar una larga temporada en el campo con unos parientes.

Ese recuerdo terminó por agriar su humor y le hizo apurar el paso. Quería tener ese asunto solucionado esa misma noche. Por eso, una vez que subió el segundo tramo de escalones, lo último que esperó fue escuchar un grito y elevar el rostro para ver cómo una pequeña figura parecía caer del cielo, directo a sus brazos.

Pese a tratarse de un muchachito, le sorprendió la fuerza que el menudo cuerpo poseía, en especial cuando recibió un fuerte codazo en las costillas que le hizo aflojar su agarre al instante, pero no con la suficiente velocidad porque

el intruso no tardó en darle una patada en las espinillas, por lo que logró su objetivo de verse liberado.

—¡A-a-a-alto! —El grito de Harold, uno de los sirvientes de su hermano, solo pareció asustar más al muchacho porque se lanzó frente a un carruaje y poco faltó para perecer bajo los cascos de no ser por sus rápidos reflejos. Segundos después lo vio desaparecer entre las sombras de la propiedad; la intensidad de la lluvia ayudó en su cometido.

Consciente de que si enfrentaba a su hermano en esos momentos el encuentro tan solo terminaría en desastre, se encaminó rumbo a sus habitaciones en busca de la tan preciada soledad que solo hallaba en su interior. El único lugar donde, aunque fuese tan solo por unos instantes, su título carecía de importancia alguna. Lástima que hallar eso en alguna otra parte era un imposible.

Capítulo 1

Unos minutos antes de la llegada del duque

Cali dudó unos segundos, con una pierna afuera de la ventana, mientras daba una última mirada a la habitación en la cual la habían intentado dejar prisionera. Odiaba la idea de abandonar la falda especialmente diseñada por su tía para que pudiera ser deprendida del resto del vestido en caso de necesidad. Pero todo lo ocurrido desde el momento en que arribó al puerto la había forzado a tomar decisiones impulsivas, y lo que en esos momentos estaba ocurriendo era solo el broche de oro de la noche.

Nunca estuvo tan agradecida por las enseñanzas de su tío Lobo Negro como en aquellos momentos. Porque era consciente de que de haber estado vistiendo la abultada falda exigida según la última moda inglesa le habría sido imposible escabullirse por la ventana de la habitación que se hallaba en un segundo piso. Y la idea de andar corriendo por ahí, usando unas etéreas enaguas que poco hacían por cubrir lo necesario, no era algo que le resultara alentador en lo más mínimo. En especial en medio de una tormenta.

Miró para abajo, necesitaba asegurarse de que no hubiese nadie a la vista que quisiera detenerla. A aquellas horas de la noche, la calle se veía desierta, lo cual le dificultaría lograr hallar un carruaje, pero, con algo de suerte, con el atuendo que vestía la confundirían con un muchacho y podría hallar el camino hasta la casa de su abuela sin problemas.

Tan solo bastaría con que sus captores cumplieran con la amenaza de dejarla encerrada hasta la mañana siguiente y podría darse por satisfecha. Tan solo pensar en tener que volver a ver a los dos desagradables sujetos que parecían a cargo de su cuidado le erizaba la piel. Dado que no había manera de que su familia supiese de su llegada, ya que el barco se había adelantado,

todo indicaba que ningún caballero de brillante armadura iría a rescatarla del aprieto en el que se encontraba. Así que decidir salvarse a sí misma y luego llevarlo a cabo tan solo le tomó unos instantes. Afortunadamente, los hombres habían decidido que era una frágil florecilla y ni siquiera se les cruzó por la mente que ella iba a escapar.

Sin embargo, su alivio fue momentáneo cuando escuchó la puerta abrirse. Quien fuera que estuviese por entrar no iba a tardar en notar su ausencia y ahí sí que se hallaría en serios aprietos.

Nerviosa, se apresuró a desplazarse aferrándose a los rebordes de la madera que parecían sobresalir por toda la fachada. Si lograba llegar hasta el techo del porche inferior, desde ahí podría resbalar con lentitud y descolgarse hasta la baranda inferior, de ahí, saltaría a la hierba y podría huir.

Todo pareció ir según el plan hasta que el trozo del cual se aferraba se desprendió, lo que la hizo gritar aterrada. Lo último que esperó fue el sólido cuerpo masculino que la atrapó y la salvó de que se rompiera el cuello.

Pese a la situación, no se le pasó por alto la fuerza que emanaban los brazos que la sostenían como si no pasase nada. Lo que no le impidió luchar por liberarse y huir tan rápido pudo. Si ese desconocido se hallaba ahí en medio de la noche, tenía que ser cómplice de quienes la habían secuestrado.

Temerosa de que pudiesen volver a capturarla, huyó por en medio de la calle y no detuvo su alocada carrera hasta que estuvo segura de que nadie iba tras ella. Por fortuna, logró convencer a un cochero de que la llevase hasta la residencia de su tía. Tras ofrecerle diez libras, el hombre se mostró más que dispuesto a llevarla.

Sin embargo, no fue hasta que finalmente la puerta de la elegante mansión se abrió que Cali se percató de todo lo ocurrido. Porque ahí, frente a ella, se encontró con el rostro de su fallecida madre.

—¿Calíope?

—¿Mamá? —fue la única palabra que lograron susurrar sus congelados labios mientras sus piernas se rehusaban a continuar sosteniéndola.

—Cariño... —expresó una conmovida Selene, hermana gemela de la madre de Calíope. La mujer la abrazó contra su pecho, y la joven rompió a llorar—. ¿Estás herida?

La joven tan solo negó con la cabeza, incapaz de controlar el castañeteo de sus dientes y los temblores que se habían apoderado de su cuerpo.

—No te preocupes. Yo te voy a cuidar. —Y esas fueron las últimas palabras

que Cali escuchó antes de dejarse llevar por la inconciencia.

Alexander se pasó una mano por el rostro rogando que todo fuese un producto de su imaginación. Porque no había otra forma de explicar lo que halló al entrar a su habitación. Quien fuese el ladronzuelo había hecho un exhaustivo trabajo al revisarlo todo, pero sin dejar evidencia alguna de su presencia. Excepto por la joyería que faltaba. La que su madre le había obsequiado en su última visita a Rusia poco antes de fallecer. Todos los contenidos de la caja de madera ricamente grabada faltaban y, por lo visto, no había actuado solo. Una falda abandonada junto a la ventana abierta lo dejaba en claro.

Dado que él jamás había permitido que mujer alguna entrase en la habitación, la única explicación posible hizo estallar el poco control que le quedaba.

—¡Charles! —masculló entre dientes y, casi como si lo hubiese invocado, su hermano se detuvo en la entrada.

—Yo... te juro...

—Mañana por la noche es la fiesta de lady Conventry. Asistirás. Sobrio y vestido acorde a la ocasión.

—Pero... —Casi podía oír una de las tantas excusas a las cuales su hermano parecía hallarse tan apegado, pero una sola mirada y el joven tuvo el suficiente buen juicio como para cerrar la boca.

—*Dedka*^[1] Sasha estará más que feliz de recibirte. Sabes que hace tiempo viene exigiendo que lo visitemos —logró pronunciar. Dicho lo cual, se giró para abandonar la habitación, pero apenas si dio un paso que se detuvo—. Y te sugiero que recuperes lo que me fue robado..., hermanito.

Notó la manera en que Charles se estremeció, y sonrió complacido mientras retomaba su andar. No por algo la hermandad lo había marcado con el símbolo del lobo. Momentáneamente satisfecho, decidió pasar el resto de la noche en la biblioteca, que también funcionaba como su despacho. Aún había muchas cosas de las cuales debía ponerse al tanto, ya habría tiempo al día siguiente para buscar a su próxima conquista y hallar la manera de esquivar la soga que su abuela parecía decidida a anudarle alrededor del cuello. Él no era la clase de hombre que contraía nupcias. Aún no había nacido la mujer que le hiciera

anhelar el poseerla para siempre, lo que de hecho, y sabiendo el poder que la viuda duquesa ostentaba, bien podía ser un problema. Lo último que deseaba era terminar comprometido con una sosa mujercita incapaz de dar un paso sin desvanecerse. Eso sin mencionar que su abuela jamás le permitiría continuar con sus escauceos amorosos en paralelo con su vida matrimonial.

Fastidiado, se pasó una mano por los cabellos azabaches. Debía haber una manera de escaparle a la situación, pero, de momento, él no la veía. Con esos pensamientos en su mente, ingresó al lugar y se apresuró a quitarse la chaqueta, lo que dejó como protagonista de vestimenta la impoluta camisa blanca.

—De haber sabido de tu mal humor no habría venido, hermano. —La voz desde las sombras no le resultó del todo inesperada.

—Byron, ¿a qué debo el honor de tu visita?

—Qué triste el día en el que uno ya no puede visitar a un amigo sin que este sospeche de sus intenciones —respondió con cierto sarcasmo el aludido mientras se atrevía a servir dos copas con *brandy*.

—Ambos sabemos que estás aquí para regodearte —lo cortó de plano mientras se acercaba al fuego que, de seguro, Angus había encendido en el hogar.

—¿Yo? ¿Por qué habría de hacerlo? No es como si cierta dama no hubiese hecho ya circular el rumor de que el duque de Warwick se encuentra finalmente interesado en adquirir una esposa.

Alexander masculló varias cosas por lo bajo. Había esperado que su abuela al menos le diera unas semanas para hacerse a la idea, pero, por lo visto, ella había sabido ver detrás de su callada aceptación y estaba atacándolo de todos los frentes.

—Si tanto odias la idea de desposarte, la solución es muy fácil. Al menos para que ella finalmente ceda a permitirte elegir a una dama más acorde a tus *planes*. —El tono de su voz le indicó al duque que su amigo ya había orquestado una solución a su predicamento—. Ve a las funciones y eventos tal como ella espera.

—Que van a estar repletos de jovencitas casaderas y sus desesperadas madres, tía y/o acompañantes a la expectativa de cazar el premio mayor...

—Exacto. Eso es precisamente lo que queremos. Irás y escogerás a la más *inadecuada* de todas ellas. Al fin y al cabo, y si mi memoria no me falla, ya hay varias floreros decorando un rincón del salón desde que empezó la

temporada.

—¿Una... florero? Dime que estás bromeando, esas jóvenes son... — Alexander se estremeció al pensarlo. Reconocía que no todas eran... feas, pero, aun así, distaban de ser el tipo de mujer con la que el solía involucrarse.

—Lo único que nos interesa es que una de ellas es tu pase a la libertad. Según los rumores, hay varias jóvenes americanas. ¿Te imaginas el rostro de la duquesa viuda si le dices que te vas a casar con una de ellas? —Byron sonrió satisfecho consigo mismo—. Añádele algún que otro detalle más y ella misma se encargará de romper el compromiso antes de ver cómo tu futura esposa mancilla el sagrado apellido de la familia.

—Hermano, te has ganado cual sea el favor que has venido a pedirme.

—Perfecto —acomodándose en el sillón, Byron procedió a relatarle con sumo detalle la situación que lo había traído de regreso a Londres.

Dos horas más tarde, Alexander supo que su situación comenzaba a palidecer en comparación a la de su amigo. Debido a un mal manejo en los negocios familiares, Byron no solo se había visto forzado a regresar, algo a lo que él siempre se había rehusado con vehemencia, sino que tenía que lidiar con su madrastra malvada y sus descontroladas medias hermanas, además de que acababa de heredar un título que no estaba en sus planes.

—Sabes que cuentas conmigo —se apresuró a asegurarle el duque, a sabiendas de que su respaldo sería más que suficiente para facilitarle las cosas a Byron.

—Lo sé... —La tensión que emanaba del cuerpo del otro hombre era tan evidente que era una suerte que no hubiese ninguna dama presente, cuya naturaleza pudiera verse afectada—. Ya debo marcharme... Antes que lo olvide... Sabes que tu pequeño ratero tiene un trasero de lo más tentador, ¿no?

—Ignoraba que tus intereses hubiesen cambiado tanto.

—No lo han hecho. —Y con esa respuesta, Byron desapareció tras las puertas que daban al jardín trasero.

Alexander tardó varios segundos en reaccionar. No había forma de que el intruso fuera una mujer... y, sin embargo..., la contextura tan delicada y el perfume... las fulanas no utilizaban fragancias tan exquisitas. Pero ¿cómo había de entrar una dama a su habitación para luego huir vestida de muchacho?

Con esas preguntas y más rondando por su mente, no supo que estaba caminando de regreso a su habitación hasta que se encontró en el interior de la misma. De inmediato su mirada se dirigió a la falda. Quizás encontrase alguna

pista que le dijese algo sobre el paradero de su misteriosa ladrona. Pero tan solo se halló con más incógnitas en la forma de un diario repleto de escritura obviamente femenina.

Capítulo 2

—Querida, de haber sabido sobre tu llegada, Selene te hubiese ido a recibir en persona. —Lady Desdémona Hawthorne observó con detenimiento a su nieta que se hallaba sentada frente a ella en el invernadero donde habían decidido reunirse para desayunar en familia.

—Yo estaba tan sorprendida como ustedes, abuela. Afortunadamente logré contratar a un cochero que me trajo hasta aquí sin contratiempos —se apresuró a responder Cali intentando no removerse inquieta a sabiendas del escrutinio bajo el que se hallaba.

—Pero la pérdida de tu equipaje... qué tragedia —comentó su prima Cordelia, a la que, cariñosamente, también solían llamar Delia. La única de todas ellas que se hallaba de momento visitando a la dama y por quien Cali supo que, en breve, serían invadidos por sus tres hermanas y sus restantes primas inglesas. La temporada era algo que ninguna anhelaba perderse y, desde que se supo de su llegada, todas querían conocer a la pariente americana.

—Lo siento más por la ropa que mi tía Vinnie me confeccionó —murmuró con pesar, y así era. Antes de partir para Inglaterra, su tía le había entregado una amplia variedad de vestidos, todos ellos diseñados para poder ser usados con pantalones debajo. Pero a sabiendas de que nadie, excepto su tía Selene, lo comprendería, optó por guardar silencio al respecto.

—No te preocupes por eso. Apenas concluyamos aquí, iremos a visitar a la modista. La abuela ya hizo los arreglos necesarios. Estoy segura de que un nuevo guardarropas te va a levantar el ánimo, prima.

Pese al entusiasmo de Cordelia, Cali tan solo asintió a medias mientras le daba una mirada de reojo a su tía, quien al instante le ofreció una sonrisa de

silencioso apoyo. La noche anterior, ella le contó todo lo ocurrido y la razón de por qué vestía ropa de hombre. La idea de tener que pasarse horas interminables probándose vestidos, escogiendo telas y demás le daba escalofríos... Lo último que deseaba hacer era eso cuando estaba en uno de los centros más importantes de toda Europa y había mucho por descubrir.

—Selene las acompañará, jovencitas. Vayan a cambiarse —decretó la anciana dama, con su inquisidora mirada aún focalizada en su nieta americana.

Dicho esto, ambas jóvenes se apresuraron a obedecer, pero en ningún momento se les pasó por alto la expresión de desazón en el rostro de la joven.

—Selene, ¿debo preocuparme? —inquirió Desdémona, enarcando una de sus platinadas cejas que no daba lugar a cuestionamiento alguno.

—No, madre. Debes entender que ella no se educó como el resto de las chicas... —Pero Selene fue interrumpida al instante con un golpe del bastón de la dama contra el piso de madera pulida.

—No me lo recuerdes. Pensar que ese salvaje y la americana estuvieron a cargo de su formación... Solo Dios sabrá las costumbres bárbaras que le habrán inculcado —prácticamente escupió la dama mientras fruncía la boca en un mohín de asco—. Afortunadamente ya está aquí con nosotras y nos aseguraremos de que no cometa los errores de Andrómeda... o los tuyos.

Pese a los años transcurridos, la alusión al hombre que una vez amó y la traicionó, se sintió como una puñalada y la herida que ella creyó finalmente cicatrizada comenzó a sangrar una vez más.

—Madre...

—Por favor, Selene, ya pasaron diez años de eso. Además, nuestro buen nombre jamás se vio afectado por ello y todo gracias a Conrad. De no haber sido por él... me estremezco de tan solo pensarlo —continuó Desdémona ignorando por completo el malestar de su hija—. Ahora es momento de focalizarnos en presentar a Calíope en sociedad. Esta noche ella va a tener su tarjeta de baile repleta y luego me la traerás para que escojamos a qué caballeros se les permitirá cortejarla.

Selene observó a su madre con una expresión parecida al horror. No podía creer que, luego de lo ocurrido con Andrómeda y el resto de sus hermanas, realmente quisiera insistir en inmiscuirse. Comprendía el querer proteger a sus nietas, pero de ahí a decidir arbitrariamente sobre su futuro... no era algo con lo que estuviese de acuerdo.

—Sí, madre —respondió, pero se rehusaba a permitir que le hiciera a

Calíope lo mismo que impulsó a su hermana a huir a América.

Unas horas más tardes

—¿Acaso la vieron? —apenas si susurró una dama mientras observaba de reojo a los bailarines en el centro del salón en un intento por no dejar en claro que Calíope era el centro de todas las conversaciones.

—Madre me dijo que es una de las nietas americanas. Que la crió un salvaje.

—Yo escuché que viajó sola.

—Dicen que su familia la envió aquí para educarla.

Calíope, que había escuchado al pasar algunos de esos comentarios, estuvo seriamente tentada de responder, pero una fría mirada de su abuela, que se alejaba acompañada de Selene para encontrar un lugar en cual ubicarse y poder observarlo todo, le hizo optar por cerrar la boca. Mientras intentaba no poner los ojos en blanco, finalmente decidió unirse al variopinto grupo que se hallaba sentado en un rincón.

—Calíope, ¿no? —preguntó una alta joven de rostro afilado y unos preciosos ojos color verde pálido.

—Sí —respondió mientras tomaba asiento en la única silla vacía. Al instante, el grupo entero se giró a mirarla—. Y solo para empezar con buen pie... Sí, soy una de las nietas americanas. No, no me crió un salvaje. Mi tío, Lobo Negro, es el más grande guerrero de la tribu Blackfoot. Tampoco viajé sola, mi carabina decidió casarse con un marinero que conoció durante el viaje. Mi familia no me envió para *educarme*, de eso ya se ocuparon ellos desde el momento en que nací. ¿Dudas?

Las siete jóvenes la observaron fijamente con diferentes grados de sorpresa reflejados en sus rostros, pero no tardaron en romper a reír.

—No sabes lo que nos alegra que no seas como el resto de tus primas —decretó la más llamativa de ellas, que vestía un delicado traje de color rosado que chocaba con sus cabellos rojo fuego y sus ojos azules, pero que lamentablemente resultaba poco favorecedor para una joven de cuerpo curvilíneo y piel pálida como la nieve.

Cali ni siquiera intentó defenderlas. Desde la mañana, las mujeres Hawthorne parecían estar en boca de todos y ella simplemente no lograba comprender lo que ocurría dado que había visto el férreo control que su abuela parecía mantener sobre el clan. Sin embargo, parecía que mucho ocurría ya fuese que ella lo supiese o no. ¿Cómo era posible que las nietas criadas en América tuviesen más sentido común que sus primas inglesas? Estas últimas parecían regodearse, en general, en situaciones conflictivas que parecían coquetear con poner en jaque sus reputaciones. De hecho, Cali sospechaba que lo único que las salvaba de caer en la deshonra era el título que había ostentado su abuelo y que, en ese momento, estaba en espera de ser entregado al primer descendiente varón, lo cual, pese a la enorme cantidad de familiares que eran, aún no parecía haber ocurrido... Lo que también las volvía uno de los partidos más pretendidos. Porque sin título o con él, su abuelo se había asegurado de que a ninguna de sus nietas les faltase nada.

—Ellas van a venir, ¿no? —inquirió la misma joven.

—Según Cordelia, llegan en unos días.

—No se te ve muy entusiasmada al respecto —susurró otra de las damas, la cual al instante se sonrojó y desvió la mirada.

—Vine a visitar a tía, no a involucrarme en las maquinaciones de mi abuela —masculló Cali mientras se cruzaba de brazos.

—¿No deseas casarte? —Eso, de nuevo, logró que toda la atención se focalizara en ella.

—Sí, pero por amor... no por un título más viejo que las pirámides —declaró apasionada. Así había sido con sus padres y así mismo con sus tíos; ella creció viendo parejas unidas por amor y no por deber. Cali anhelaba también eso.

—Me agradas —declaró la primera joven que le habló—. Soy Beatriz Carmichael. Ellas dos son mis hermanas, Birdie y Bianca. La tímida de rosado es la señorita Amelia Thompson. Ellas dos son las primas rusas Anastasia y Svetlana Petrovich. Y, por último, la única genuina muchacha escocesa: Sophia Douglas.

Beatriz las presentó una por una y, aunque Cali aún no conocía sus historias, no se le pasó por alto cómo las siete jóvenes parecían haber sido relegadas a ese rincón, lejos de las restantes debutantes.

—Es un placer conocerlas y espero que no les importe si me quedo junto a ustedes —finalmente declaró a modo de respuesta.

—No deberías —susurró la tímida Amelia aún sin mirarla a los ojos—. Ningún caballero se fija en nosotras. Así no vas a poder conocer a nadie.

—No vine a conocer a nadie. No vine a ser un peón en las maquinaciones de mi abuela. Solo estoy aquí porque mi tía Selene me lo pidió —reconoció con sinceridad—. Tengo veinte años...

—Eres la más joven de todas nosotras —comentaron al unísono Birdie y Bianca; Cali aún no estaba segura de cuál era cuál.

Al ver la confusión en el rostro de la joven, cada una procedió a comentarle su situación, pero fue Bea quien resumió todas las pocas palabras.

—No somos *floreros*...

—Aún —acotó Sophia mientras daba una mirada cargada de anhelo a las parejas que danzaban a unos metros de distancia.

—Como decía... no somos *floreros*, pero tampoco somos de las más requeridas —continuó hablando Bea—. Y a varias de nosotras nos queda tan solo esta temporada para hallar un marido o terminar siendo *solteronas*.

—En ese caso... no podemos desaprovechar ninguna reunión. Por lo que recuerdo del largo discurso de mi abuela, hay varios solteros elegibles este año en la ciudad —declaró con absoluta confianza Cali mientras observaba a los caballeros conversando en diferentes lugares, tanto dentro como fuera del salón. Aunque ella no tenía ni idea de la reputación de cada uno, no debería ser muy difícil hallar la información necesaria.

—¿Estás loca?

—Quizás... soy una Forrester. Ninguno de todos ellos ha logrado nada tan solo quedándose sentados y esperando a que las cosas les llegaran —dicho lo cual, le guiñó un ojo a sus nuevas amigas mientras varias ideas comenzaban a tomar forma en su mente.

Una conmoción en la entrada, de inmediato, atrajo la mirada de todos los presentes en esa dirección.

—No puedo creerlo.

—¿Qué hace aquí?

—Madre va a enloquecer.

—Igual que nuestra tía.

Cada vez más intrigada, Cali esperó a que la situación se calmase un poco antes de volver a hablar.

—¿De quién hablan?

—¿Ves el grupo de caballeros que acaba de ingresar? —Bea esperó a verla

asentir antes de continuar hablando—. Son de los mejores partidos en todo el reino... No hay mujer en este salón, soltera, casada o viuda, que no desee una oportunidad con ellos. El que está vestido íntegramente de negro es el duque de Warwick.

Cali recordaba, de forma vaga, que su abuela había mencionado ese apellido, pero hasta ahí llegaba lo que sabía. Al igual que todas las mujeres presentes, su mirada se dirigió hacia el grupo de hombres, y esta no tardó en cruzarse con una celeste y pálida, enmarcada por unas largas y espejas cejas negras, en un rostro masculino, de pómulos afilados, nariz patricia y mandíbula cuadrada. Y sus labios... estaba segura de que habían seducido a más de una dama.

Sorprendida por ese pensamiento, continuó observando al recién llegado. Podía ser el más apuesto del grupo y poseer el título más prominente, pero no por eso significaba que fuese perfecto. Usualmente, eran quienes escondían los secretos más oscuros.

Capítulo 3

Alexander respondió a los saludos usuales mientras su mirada se paseaba por el salón; las palabras de Byron de inmediato regresaron a su mente. Bien podría aprovechar la situación para hallar a las jóvenes que este había mencionado.

Sus ojos no tardaron en cruzarse con una mirada chocolate que lo observaba fijamente en vez de hacerlo de manera disimulada, como correspondía que lo hiciera una dama. Muy a su pesar, enarcó una ceja ante semejante falta de decoro y luego procedió a recorrer a la joven de arriba abajo. Debía reconocer que, a pesar de la lujosa tela verde del vestido, la dama en sí no era nada memorable. De contextura menuda, cabellos castaños recogidos en un complicado peinado, rostro común y corriente... totalmente lo opuesto a la clase de mujer que atraía su atención.

No supo por qué, pero enseguida se palpó el bolsillo interno de su chaleco, donde había guardado el único objeto que halló en la falda olvidada de su ladrona: un pequeño diario con tapas de cuero, con un dibujo grabado de un círculo con líneas que lo cruzaban en su interior y con plumas que colgaban de la parte inferior. Aún no había revisado su contenido, pero esperaba que le revelase algo sobre la identidad de la joven.

Probablemente porque su atención seguía en la insípida muchacha, vio el momento en que una de sus amigas le daba un muy poco disimulado codazo en las costillas, pero en vez de darse cuenta de lo inapropiado de su conducta, continuó observándolo con fijeza. Como si eso no hubiese sido suficiente, tuvo el atrevimiento de recorrerlo con la mirada como si él no fuese nadie, en vez de uno de los solteros más codiciados del reino.

Molesto, Alexander frunció aún más el ceño, desvió la mirada y decidió

focalizarse en algo más... interesante. Sin embargo, no tardó en volver a centrarse en ella, por lo que la joven, sin dudar un instante, cruzó los ojos y le sacó la lengua como si fuese una cría díscola en vez de una dama. Al instante, la mitad de las jóvenes sentadas a su lado rompió en carcajadas mientras que la otra mitad parecía genuinamente horrorizada por su conducta. Luego de aquello, ella solo dejó de observarlo.

¿Cómo se atrevía esa ratoncita sosa a ignorarlo? Ninguna mujer jamás lo había desdeñado ni ignorado. Pero, por lo visto, ella sí. Porque, a pesar de estar involucrado en otras conversaciones, su mirada irremediablemente volvía a esa joven una y otra vez. No tardó en notar cómo a ella parecía en realidad importarle muy poco el hecho de que ningún caballero aún se les hubiese acercado. Eso no podía ser así. Tenía que ser una fachada.

—Lord Warwick. —Jeremy Chambers, único nieto y heredero de lord Pemberton, se aproximó a saludarlo. Alexander agradeció que el muchacho aún conservase su estatura juvenil porque le permitía observar a la joven y sin por eso verse demasiado obvio al respecto. Una idea no tardó en formarse en su mente, y sonrió satisfecho cuando, minutos después, vio al joven aproximarse al grupo de damas... solo para terminar bailando con la que le recordaba a una jirafa alta y flacucha.

Decidiendo que solo era una casualidad, convenció a dos de sus amigos, Jasper y Nathaniel, para que también la invitasen a bailar... solo para obtener los mismos resultados: ella se mostraba muy educada, sonreía, y lo próximo que ocurría era que el caballero en cuestión terminaba bailando con una de sus amigas. En ese caso, con una regordeta morocha y otra flacucha enana de cabellos pálidos.

Alexander ignoraba cómo la joven lo había logrado, pero, para gran asombro de todos los presentes, tres de las insípidas floreros se encontraban bailando acompañadas por alguno de los solteros más asediados por las matronas que buscaban maridos para sus protegidas. Como si eso no fuera suficiente, cada vez que ella lograba no bailar, le dirigía a él una sonrisita de suficiencia, como si supiese que todo era una estratagema suya. Pero eso era imposible. ¿Qué dama no deseaba atraer la atención de los mejores partidos?

Hastiado debido a ello, no tardó en encontrarse cruzando el salón para detenerse delante de su silla, pero no logró siquiera presentarse que ella, una vez más, se le adelantó.

—Lord Warwick, me han comentado que usted es un bailarín extraordinario.

La señorita Thompson desgraciadamente aún no ha podido disfrutar de un solo baile en lo que va de la noche. ¿No es eso una verdadera pena?

Shockeado ante el fragante atrevimiento de la joven, apenas logró asentir para, instantes después, encontrarse con la señorita Amelia Thompson, sobrina del Arzobispo de Canterbury en sus brazos... sonrojada de pies a cabeza e incapaz de sostenerle la mirada.

—Será un placer ser su acompañante, señorita. Quizás después, lady...

—La señorita Forrester ya me había prometido esta pieza, hermano. —La voz de Charles lo tomó por sorpresa, ya que esperaba que hubiera ignorado la orden dada la noche anterior, lo que lo hubiese forzado a buscarlo en cual fuese el antro en el que se hubiera metido junto con su más reciente fulana.

—Pero...

—Por supuesto que sí, señor Kensington. Ve, Cali, nosotras te esperamos — se apresuró a responder la otra enana de cabellos pálidos.

—¿Señorita Forrester?

Calíope, en ese momento, decidió que podía prescindir de sus nuevas amigas. No podía creer que le estuvieran haciendo eso. Comprendía que lo hacían con buenas intenciones, pero ella de verdad no tenía interés alguno en relacionarse con uno de esos estirados nobles ingleses que se creían que eran un regalo de dios a la población femenina. Sin embargo, tampoco podía rehusarse sin parecer una salvaje maleducada, exactamente lo que todos los presentes creían que era.

—Por supuesto que mis amigos están más que dispuestos a escoltar a cualquiera de las señoritas que acepte bailar con ellos.

Y con esas palabras, que Cali estaba segura de que fueron intencionales, se encontró entre los bailarines, mientras Bianca y Svetlana se acomodaban a unos pasos de distancia.

La pieza ya estaba por concluir cuando vio a un joven acercarse a Birdie, quien estaba siendo vigilada de cerca por una malhumorada dama que de inmediato se deshizo en sonrisas cuando un joven caballero se les acercó. El mismo no tardó en convencer a la mujer de que le permitiera escoltar a la joven a dar un paseo, y Cali vio cómo los tres se encaminaban hacia la terraza.

Sin embargo, y aunque fue un mero instante, algo en la mirada del hombre la inquietó.

Con el único objetivo de velar por la seguridad de su amiga, se apresuró a acercarse a los ventanales cuando lord Warwick la interceptó.

—¿Le parece salir a tomar algo de aire?

—Por supuesto. —Era la excusa perfecta y lo que Cali precisaba para abandonar el atestado salón.

Capítulo 4

Alexander, acostumbrado a que las jóvenes fueran más que obvias en su interés hacia él, no pudo evitar sentirse ligeramente sorprendido ante el inesperado interés de la joven por pasear a solas con él por los jardines. Lo que lo llevaba a una conclusión: que toda su conducta había sido una treta muy eficiente para atraer su atención. Al fin y al cabo, un florero jamás había logrado interesarle. Pero, dadas las circunstancias, él bien podía mostrarse magnánimo y escoltarla hasta donde ella así lo deseara... incluso, quizás la besara. Después de todo, la joven se lo había ganado con su astucia.

—Una hermosa noche, milady —comentó apenas abandonaron el sofocante ambiente del salón solo para ver cómo la joven se recogía las faldas y se encaminaba con paso decidido hacia el laberinto, lo que lo dejó con las palabras en la boca.

A lo lejos, Alexander vio a una de sus amigas siendo escoltada por un caballero desconocido al interior de la monstruosa construcción. Ignoraba qué intenciones tenía la joven, pero se apresuró a seguir a Cali y, al final, la alcanzó unos pasos dentro del laberinto.

La sujetó del codo, con lo que logró que ella trastabillara y chocara contra él. Intentando evitar que se cayera, la tomó entre sus brazos, lo que la dejó cara a cara con él. Notó cómo sus enormes ojos chocolates estaban salpicados de destellos dorados. Ella pareció estar teniendo el mismo problema, porque lo miró fascinada y finalmente acercó una de sus delicadas manos a su rostro y apenas le rozó un pómulo.

Alexander cerró los ojos disfrutando de la inocente caricia y, al abrirlos, no pudo más que perderse en su expresiva mirada, sus labios ligeramente entreabiertos y la manera en que parecían desafiarlo a poseerlos.

—Lobo —susurró la joven en sus brazos, lo que rompió al instante el hechizo del momento.

Cali no pudo creer lo que acababa de barbotear justo cuando sus labios estuvieron por tocarse. Solo estaba siguiendo a su amiga, no se suponía que terminase en los brazos del duque de Warwick y menos que menos que la mirase de esa manera.

Ni qué decir de su penetrante mirada que le recordaba la visión de la que le había hablado su tío Lobo Negro cuando era una niña y se perdió en una ventisca. Un lobo fue el que la salvó. Desde entonces, su tío no dejaba de recordarle que ese era su destino.

Obviamente era lo último que él esperaba oír porque la expresión en su mirada se había vuelto tormentosa mientras separaba sus cuerpos.

—Tus ojos... —susurró a modo de explicación.

Se vio liberada del agarre con tanta rapidez que apenas si logró mantener el equilibrio.

—¿Quién te dijo eso? —Lo vio llevarse una mano y apoyarla sobre la tela que cubría el lado izquierdo de su tórax mientras la fulminaba con la mirada—. ¿Quién eres?

Cali supo, al instante, que había arruinado el momento y, aunque no comprendía muy bien cómo, intuía que había algo más allá de su simple comentario. Inconscientemente se llevó una mano al muslo; había logrado convencer a su tía Selene de que le permitiera tener escondido un puñal.

El movimiento no le pasó por alto a lord Warwick, cuya expresión se volvió aún más tormentosa y comenzó a acercársele con un andar depredador, que le recordaba mucho a su contraparte salvaje con el que ella lo había comparado.

Sin pensarlo dos veces, Cali recogió las faldas, dio media vuelta y huyó al interior del laberinto. Acababa de descubrir cómo se sentía una presa al ser cazada, y, aunque jamás lo admitiría en voz alta, que el duque fuese el cazador le producía una deliciosa excitación que sabía no podía disfrutar dadas las circunstancias. Sabía que sus caminos iban a volver a cruzarse, pero nunca de aquella manera tan cercana.

Al menos, estaba agradecida de que la luz de la luna llena le permitiera ver

por dónde iba, lo que hizo que llegara a uno de los tantos descansos que ella suponía debía haber a lo largo de toda la construcción.

Sin embargo, dio apenas un paso que se encontró capturada y arrastrada hacia un rincón oscuro, mientras las voces de una pareja se escuchaban a la vuelta de donde se hallaba escondida. Forcejeó para liberarse hasta que reconoció el aroma a almizcle y algo más... masculino del duque. Eso sin mencionar la mano que la tenía sujeta por la cadera y la otra por la nuca, lo que aseguraba que sus cuerpos estuviesen pegados uno contra el otro.

Cali estaba sorprendida de que él no dijese nada respecto a la manera en que su corazón latía enloquecido. Fue entonces que notó la manera en que el cuerpo varonil se tensó y un sonido muy similar a un gruñido salió del pecho masculino. Pero otras voces captaron tanto la atención de Cali como la del duque.

—No. Es mejor que vuelva con mi tía... —Se podía escuchar el ligero temblor en la voz de Birdie.

—¿Crees que ella te va a creer cuando le cuentes? Si prácticamente te ofreció en bandeja de plata.

Se escuchó el ruido de forcejeo, y el duque se separó de Calíope cuando se escucharon nuevos pasos y el ruido de un puño impactando contra un cuerpo, seguidos de varios golpes más y gemidos.

Cali, de inmediato, lo siguió y vio cómo Birdie se desmayaba y un caballero que no conocía la sujetaba en sus brazos. Sin más, se apresuró a acercarse a su amiga, pero una mano en el codo la detuvo.

—Debemos regresar.

—No. Birdie...

—Percival es el mejor amigo de su hermano mayor. No te preocupes.

—Pero...

—Vamos. —Sin más, le aferró una mano y comenzó a guiarla por donde habían venido. Comprendía que no deseaba que los vieran juntos porque si no, hubiese comprometido su reputación, e independientemente de cómo se sintiera ella al respecto, no deseaba traerle problemas a su familia. Aun así, no estaba del todo convencido respecto de dejar a Birdie sola con aquel caballero.

—Él jamás la comprometería, Cali. No te preocupes. —Eso la alivió en algo hasta que él continuó hablando—. Además, no es como si alguno de nosotros fuese a considerar seriamente el cortejar a una florero.

Capítulo 5

Calíope decidió que había malinterpretado las palabras. Que, a pesar de hablar el mismo idioma, había algo que ella no había comprendido del todo.

—No es que alguna de ustedes tenga lo necesario para descontrolar las pasiones más bajas que todo hombre posee —continuó hablando el duque como al pasar—. De ser así, no habría tantos matrimonios infelices y tantos caballeros recurriendo a sus amantes.

Ella clavó al instante los tacones en la gravilla y le importó poco si se caía de bruces en el proceso. Esto forzó al hombre a detener su andar, salvo que quisiera llevarla a la rastra detrás de él.

—¿Y ahora qué? —masculló él claramente fastidiado mientras se volteaba a mirarla.

—¿Y ahora qué? ¡¿Y ahora qué?! No lo puedo creer... Me retracto, sí puedo creer que el libertino duque de Warwick se crea un regalo de Dios para las mujeres —prácticamente le gritó mientras se zafaba de su agarre—. Debe ser maravilloso ir por la vida con esa seguridad de poder ser un verdadero cretino sin jamás preocuparse por sus actos o palabras.

Cali estaba furiosa y lo fulminó con la mirada mientras le hacía frente. No retrocedió cuando él se le acercó tanto que se vio forzada a levantar el rostro si quería continuar mirándolo. Tampoco cuando él le sujetó el mentón mientras parecía buscar algo en su mirada... algo que pareció hallar porque repentinamente sus labios se apoderaron de los suyos. Y así de rápido ella lo mordió mientras se apresuraba a poner distancia ente sus cuerpos. Se rehusaba a reconocer el cosquilleo que se apoderó por completo de su cuerpo en el momento en que sus labios hicieron contacto, o cómo sus manos desearon enterrarse en su abundante cabellera azabache. Ella estaba enojada y se

rehusaba a lanzarse a sus brazos solo porque él creyera que la mejor forma de calmar a una dama era besándola.

—Como siquiera intente volver a tomarse esa clase de libertades conmigo, milord, no respondo de mis actos —le siseó.

Verlo apoyarse contra el tronco de un árbol, mientras su expresión pasaba del asombro a la diversión, solo acicateó más su malhumor.

—¿Y qué podría hacerme una ratoncita como tú, cariño?

El puñal se clavó en el árbol, a unos centímetros de su rostro, mientras ella se le acercaba con lentitud. Olvidada quedó la insípida jovencita del salón. Frente a él se hallaba una mujer segura de sus habilidades y que definitivamente no tenía que hacer uso de las mismas para dejar en claro su postura.

—Mi tío me entrenó bien, milord. —Mientras, removía el afilado objeto del tronco de uno de árboles que funcionaban como punto de referencia de entrada y salida del laberinto—. Le deseo buenas noches.

—No puedes regresar sola al salón.

—Puedo y lo haré, lord Warwick —dicho lo cual, desapareció detrás de la última balaustrada de arbustos.

Recién cuando estuvo seguro de que no corría riesgo de ser oído, el duque rompió en carcajadas.

Ajena a todo lo que no fuese hallar a su tía para poder marcharse de aquel lugar, Cali tardó unos instantes en reconocer a la figura femenina de azul, que acababa de aparecer desde un lateral de la mansión, arreglándose el peinado y el vestido. Tampoco se le pasó por alto la presencia de un hombre, pero que estaba de pie entre las sombras, y al que le fue imposible distinguirle el rostro.

Cali sintió cómo el cansancio se apoderaba de ella de manera súbita, así como la tristeza. Extrañaba a su familia. De hecho, si hubiese podido, habría regresado a su hogar en barco en ese mismo instante. No estaba hecha para la caótica vida social inglesa.

Con eso en mente, en vez de regresar al sofocante salón, buscó un lugar cerca de las ventanas, donde pudiese oír si alguien se le acercaba, pero donde también estuviese tranquila para poder sentarse y leer.

Agradecía que su madre le hubiese inculcado el hábito de llevar consigo un libro y un diario. Dado que nadie revisaba las faldas de una dama, no era difícil diseñarle bolsillos secretos.

La voz de su abuela a la distancia le recordaba que esa era una de las tantas cosas con las que iba a tener que ser cuidadosa. Dada que su educación fue cualquier cosa menos convencional no lograba comprender la razón por la cual su abuela se mostraba tan insistente con que ella siguiera los dictámenes sociales. Además, si se dejaba guiar por las historias que su mamá a menudo le había relatado, las mujeres de la familia nunca habían sido conformistas. Si hasta tenían una tatarabuela que había sido amante de un jeque árabe y que la liberó cuando sus enemigos políticos pusieron en riesgo su vida. Según la historia, él jamás se volvió a casar y se reencontraron al menos tres veces más antes de que él falleciera. Cali sabía que hasta su abuela, Desdémona, había sido toda una transgresora en su juventud..., pero, según parecía, ya no era así. Lo que la dejaba tan solo con su tía Selene, la viva imagen de su madre, y quizás su única aliada en aquella tierra. Cali, suspiró y elevó la mirada hacia la luna, como si allí fuese a hallar la respuesta que buscaba.

—Ya hice los arreglos correspondientes para que tus amigas nos visiten, Cali. —La suave voz de su tía la asustó y se apresuró a guardar el libro antes de atreverse a mirarla—. Tu mamá hacía lo mismo. Nunca le gustaron realmente estas fiestas.

—Tía...

—Está bien, cariño. No te preocupes —le respondió la mujer, y luego se inclinó a darle un suave beso en la frente—. Le avisé a madre que no te sientes bien y que nos vamos a retirar más temprano.

Cali se apresuró a asentir y se levantó para seguir a la dama cuando el duque pareció materializarse de la nada. Sonrojada, la joven clavó la mirada en su chaqueta. Estaba un tanto abochornada por su exabrupto y no quería hacer nada que lograra que él luego anduviera con habladurías sobre su familia.

—Milord...

—Señorita Forrester. —Él se detuvo más cerca de lo que era socialmente aceptable, y Cali no tuvo más opción que elevar la mirada si deseaba intentar descubrir a qué se debía esa conducta.

Alexander se justificó a sí mismo que tan solo la siguió para asegurarse de que nadie la molestase. No era inusual que hubiese algún que otro imbécil dispuesto a intentar sobrepasarse con una dama indefensa. Aunque la habilidad que ella demostró con el puñal distaba mucho de colocarla en esa categoría. Él sabía que no era lo mismo usarlo con un objeto inanimado que defender y quitar una vida en el proceso.

Su conducta era completamente distinta a la de cualquier otra dama que el conociera y estaba seguro de que iba más allá de una crianza en suelo americano. Desde ya hacía varios años que muchas familias de allá habían optado por buscar matrimonios provechosos entre la nobleza británica, así que todos estaban familiarizados con sus extravagantes conductas.

Pero la señorita Forrester era definitivamente todo un enigma. Cuando la vio sentada escondida de la multitud con la cabeza inclinada sobre un libro, eso tan solo logró intrigarlo más... un misterio que deseaba develar. Con eso en mente, se le acercó y ni siquiera la presencia de Selene Hawthorne lo disuadió de su objetivo. Todo lo contrario.

Solo logró fascinarlo aún más.

—Espero que me reserve una pieza antes de marcharse —le dijo finalmente.

—Mi sobrina no se siente bien, milord. Ya nos estábamos por retirar —respondió la dama en lugar de la joven—. ¿Cali?

Al instante la joven se levantó de su improvisado asiento junto a los ventanales.

—No sé si recuerda a mi hermana Andrómeda. Ella se casó con un americano y se fueron a vivir para allá, milord —se apresuró a acotar la dama en un obvio intento por hacer algo vana la conversación.

Pero Alexander continuaba con toda la atención focalizada en la joven, y la información que la dama le estaba proveyendo no le ayudaba a resolver el misterio que se hallaba de pie frente él.

—Permítame escoltarlas. Yo mismo ya me estaba por retirar, señora Hawthorne —le respondió con rapidez, no deseaba desaprovechar la oportunidad de pasar unos instantes más junto a Cali—. Infórmele a su madre mientras yo acompaño a la señorita Calíope a recoger su abrigo.

Apenas la dama se marchó, el asió una mano de la joven y, pese a que ella

intentó liberarse de su agarre, no lo logró. No porque temiera causar una escena, era obvio que esa no era una preocupación para ella, pero sí le importaba su familia, lo suficiente, por lo visto.

—¿Cuándo podemos vernos?

De inmediato, el cuerpo se tensó y ella elevó la mirada de su chaqueta para clavarla en su rostro.

—Le aseguro, milord, que la única manera de que nos veamos fuera de algún evento social es si usted me corteja y ya dejó abundantemente en claro que... un libertino como usted jamás se fijaría en una florero cuya insípida apariencia no logra encender ni la más ínfima flama de pasión en su cuerpo — le respondió mordaz mientras lograba liberar su mano con eso—. Y ahora, si me disculpa, iré yo misma a buscar mi abrigo. Si desea escoltarnos, mi tía estará agradecida...

—¿Y usted, mi dama?

—Yo no soy su nada, lord Warwick. Si no desea escoltarnos, me va a estar haciendo un favor —dicho lo cual, se dio media vuelta y se apresuró a ingresar al salón.

Por primera vez en años, Alexander Kensington sintió la sangre espesarse ante el abierto desafío que Calíope Forrester acababa de ofrecerle. Ella sí que quería una conquista muy dulce de saborear. Con eso en mente, se apresuró a escoltar a ambas de regreso a la residencia Hawthorne.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Cali aún continuaba molesta con el duque. Que su abuela encima armase toda una escena durante el desayuno porque había quedado catalogada como una *casi florero* solo pareció ser la guinda el postre, lo que la forzó a pasarse el resto del día descubriendo los tesoros que su madre había dejado atrás y, finalmente, una visita a la impresionante biblioteca que su abuelo se había dedicado a armar a lo largo de su vida.

En realidad, estaba agradecida por ello porque le permitió asegurarse de tampoco tener que lidiar con su prima Cordelia que, a diferencia del día anterior, se estaba comportando como una verdadera arpía para con ella. Y sospechaba que todo se reducía a lo mismo... El duque de Warwick. Como si ella hubiese buscado su atención de manera intencional.

Bufó, fastidiada, y dirigió la mirada hacia el jardín que podía ver desde su ubicación junto al ventanal. Realmente era algo bellísimo, su abuela era una hábil jardinera, y en aquellos momentos unas delicadas rosas rosadas parecían haberlo invadido todo, desprendían un delicioso aroma que no podía más que relajar a quien lo percibiera. Era una pena que la dama no tuviese el mismo tacto para lidiar con su familia.

—¿Cali? —La voz de su tía la abstraigo de sus pensamientos.

—¿Sí, tía? —Sabía que Selene no tenía culpa alguna en todo lo ocurrido, pero realmente había necesitado estar unas horas a solas para recuperar cierto grado de aparente calma. Aunque por dentro todas sus emociones estuviesen alborotadas.

—Alguien vino a verte, cariño. —El instante en que esas palabras abandonaron la boca de la dama, Cali salió disparada de la biblioteca y se encaminó directo al salón de estar. No podía creer que lord Warwick se

hubiese atrevido a presentarse en su casa luego de lo ocurrido. ¿Quién se creería que era? Decidida a dejarle en claro lo que pensaba sobre él, irrumpió en la habitación... para hallarse con cuatro del grupo de siete jóvenes de la noche anterior.

—¡Cali! —exclamaron al unísono, obviamente felices de verla.

Sorprendida, y aunque odiase reconocerlo, un tanto decepcionada, les ofreció una sonrisa que rogaba se viera reconfortante.

—Tu tía nos invitó a todas. ¿No es maravilloso? —le informó Sophia mientras tomaba asiento en uno de los mullidos sillones individuales y al tiempo que las hermanas Carmichael se apoderaban del sofá de tres cuerpos.

—Amelia y las Petrovich no pudieron venir, pero de seguro no nos faltarán oportunidades de ponerlas al tanto —comentó Bea mientras alisaba una inexistente arruga de su falda.

—¿Al tanto de qué?

—¿Tu tía no te ha dicho nada? —Bianca parecía genuinamente sorprendida ante eso.

—Espero que no te moleste, cariño, pero las escuché hablar mientras esperaban junto a la entrada —acotó la aludida mientras se sentaba junto a Cali—. Quiero que sepas que cuentas conmigo para lo que necesiten.

—Pero... saben que es una verdadera locura, ¿no? —susurró Birdie mientras se retorció las manos sobre el regazo—. Todas las jóvenes en edad casadera desean atrapar a los mejores partidos.

—Es cierto. ¿Recuerdan a Vanesa Hamilton? —Ante la mención de la joven, todas las presentes gimieron y pusieron los ojos en blanco. Excepto Selene que rio por lo bajo, en especial al ver la reacción de las señoritas.

—El último evento de la temporada anterior fue en la casa de campo del señor Haversham —comenzó a explicarle.

—Su apellido no...

—Eso se debe a que no es un par del reino. Pero es asquerosamente rico.

—¡Bianca! ¡Si madre te llega a escuchar! —la reprendió la hermana mayor.

—Por favor, si ella misma investigó a todo posible candidato. Las tres sabemos que preferiría un noble, pero que, llegado el caso, no le importaría tenerlo como parte de la familia —le respondió la joven sin una pizca de arrepentimiento en la voz.

—Pero... es viejo... y no uno de esos que se ponen mejor con el paso del tiempo como ocurre con el vino —decretó Sophia frunciendo su delicada

naricita—. Cali, ese hombre es un rabo verde mayor que, cada vez que puede, intenta sobrepasarse con cualquier dama que encuentre a solas.

Un tanto *shockeada* por sus palabras, Cali apenas si logró asentir mientras su tía continuaba relatando la historia.

—En la última tarde antes de partir, la señorita Hamilton fingió una torcedura de tobillo para que Andrew Mackenzie tuviese que cargarla de regreso a la casa. Pese a ser conocido por su reputación como libertino, también es un perfecto caballero, así que no dudó en comportarse acorde... hasta que la depositó en sus aposentos.

—Eso sí que fue un escándalo —acotó Bianca ya no pudiendo contener sus ganas de hablar—. Dicen que ella se le ofreció descaradamente y él la rechazó, lo que hizo que tuviera un ataque de histeria y, a los pocos minutos, toda la familia ingresó a la habitación. Por supuesto que intentaron forzarlo a casarse con ella...

—¿Tuvo éxito? —Cali decidió que había demasiados tejes y manejes en la sociedad inglesa, para su gusto. Allá, en su hogar y con la gente con la que se relacionaba, todo era tan... directo. Ya le gustaría a ella ver a alguien intentando embaucar a su tío. Sin mencionar a su tía que no dudaría en meterle un tiro a cualquiera que le molestase... independientemente de su posición social o poder monetario.

—No, cariño. Mackenzie y tu duque son muy buenos amigos. La criada, que se escondió por pudor tan pronto lo vio aparecer en la habitación con ella en sus brazos, no tardó en confesar lo ocurrido puertas adentro. Por supuesto, todo fue hecho en la más absoluta privacidad.

—Lo que significa que todos nos enteramos.

—La pobre Vanesa no tuvo más opción que ir a visitar a unos parientes del campo, al menos hasta que todo el escándalo fuese olvidado.

—Antes que nada —y digirió una muy elocuente mirada hacia Bianca—, él no es mío. ¿Qué les impide a ustedes recurrir a esas artimañas tan básicas para atraer su atención?

—Eso sería lo mismo que declararle la guerra a esas... brujas —finalmente reconoció Birdie, y volvió a retorcerse las manos sobre el regazo.

—Sin tan solo tu abuela no estuviese tan... decidida a verte casada antes de que termine la temporada. Ella sería una magnífica aliada para hallarles matrimonios provechosos a todas —comentó como al pasar Selene, consciente de lo que el madrinazgo de alguien como su madre lograría en las reputaciones

de las jóvenes—. Denme un poco de tiempo y le comentaré el tema.

—Y mientras tanto... la primera reunión de las *casi floreros* entra en sesión —declaró Cali con una enorme sonrisa—. Entonces, Bea, tú eres la mayor de todas nosotras. ¿A quién podrías considerar como posible marido?

—Me conformo con que sea decente y me trate bien —respondió intentando sonar convincente, pero el tono de su voz dejaba entrever que sentía todo menos eso.

—Chicas, si lo vamos a hacer, hagámoslo bien —rebuscó su nuevo diario entre los pliegues de su falda y, sin perder tiempo, lo abrió en el medio—. Quiero saber exactamente qué tipo de caballero a cada una le gustaría tener.

Luego de varios instantes de cierto vergonzoso silencio, cada joven comentó qué caballero gozaba de su simpatía, con varias bromas respecto a lo ocurrido entre Cali y el duque. Aunque todas concordaron en que él definitivamente no era alguien con quien su amiga pudiera ser feliz.

—¿Señorita? Acaban de dejar estas invitaciones —informó una criada y se apresuró a apoyar los sobres sobre la mesa delante de ellas.

—No puedo creerlo. Los marqueses de Winterbourne van a celebrar sus bodas de oro. —Todas las jóvenes se veían impresionadas, excepto Cali, que se limitó a enarcar una ceja mientras las escuchaba continuar comentando sobre los diferentes eventos sociales a los cuales aparentemente había sido invitada.

—Digo yo... no soy la única que piensa que todo esto se relaciona con el duque, ¿no? —Cinco pares de ojos se giraron en dirección a Sophia, quien sostenía en sus manos un sobre lacrado con detalles en filigrana de oro—. Hasta ayer nadie parecía muy interesado en invitar a Cali a ningún evento, excepto los estrictamente necesarios, y de repente le llueven invitaciones. Algunas de las personas ni siquiera la conocen.

—¿Crees que se lo quieren robar? —inquirió Birdie, con el ceño fruncido de preocupación.

—Nadie va a robarme nada porque él no me pertenece —declaró con firmeza, pero cuando su amiga dejó caer, como al pasar, el sobre que había estado sosteniendo en la mano, para que todas pudieran leer de quién provenía, Cali medio se atragantó.

—Yo no estaría tan segura. Tu abuelo era un conde, por ende, la duquesa viuda se puede dar el lujo de menospreciar a quien se le venga en gana y, aun así..., te han invitado a celebrar su cumpleaños.

Alarmada, Selene paseó la mirada entre la fragante evidencia y su sobrina. Ella había notado algo peculiar en la conducta del duque de Warwick, en especial, mientras las escoltaba de regreso a la casa, pero supuso que era mera curiosidad ante una dama desconocida, aunque por lo visto no era así. Entonces recordó la manera en que él parecía incapaz de apartar la mirada de Cali por más que fueran unos meros instantes, y cómo cuando llegaron la había ayudado a ella a bajar del carruaje, pero cuando asistió a la joven, sostuvo su mano mucho más de lo necesario. Lo que inevitablemente la hacía preguntarse respecto a qué habría ocurrido entre ellos.

Capítulo 7

Alexander maldijo por lo bajo cuando se encontró nuevamente en medio de la noche, escondido por las sombras de uno de sus carruajes, vigilando la entrada del hogar de los Hawthorne.

La primera noche lo atribuyó a mera curiosidad y también la búsqueda de algo de soledad luego de que su abuela le informase de la cercana celebración de su setenta cumpleaños que se llevaría a cabo en la propiedad que ellos tenían en las afueras de Londres. La dama se había asegurado de manipularlo todo para asegurarse de que él estuviese obligado a asistir y así también celebrar su propio cumpleaños. Algo que no hacía desde el fallecimiento de su madre.

A sabiendas de todo eso, a lo largo de la última semana, se descubrió a sí mismo asistiendo a cual fuese el evento en el cual Angus le hubiese averiguado que la señorita Forrester se hallaba. Todo bajo la excusa de seguir el consejo de Byron respecto a buscar a la mujer menos *apropiada* para el rol de duquesa. Porque, al fin y al cabo, donde ella se hallase también lo hacía su pequeño grupo de *casi floreros*, como su sirviente de confianza le había mencionado que se había autobautizado. Entonces, solo restaba que escogiese a una de ellas antes de la celebración y, para cuando el momento llegase, su abuela habría escuchado la suficiente cantidad de rumores como para anular el cortejo de inmediato. Lo que le permitiría continuar disfrutando de su libertad y de las damas que tan generosamente le ofrecían sus atenciones.

Sin embargo, y no era que él estuviese dispuesto a reconocerlo ante nadie, le bastaba ingresar al lugar para que su atención se focalizara al instante en donde fuera que la señorita Forrester se hallara.

—Calíope... —susurró por lo bajo. Sacudió la cabeza al oírse pronunciar

su nombre. No era que le sorprendiera, considerando que la familia de la joven tenía un largo historial de nombres particulares... así como también en sus conductas. Una idea comenzó a formarse en su mente, pero casi al instante la descartó. La joven era demasiado leal a su familia y, hasta donde sabía, exceptuando por el hecho de ser americana, poseía más que el pedigrí adecuado para lograr la aprobación de su abuela. Aunque lanzara puñales entre otras cosas.

—Agradece que aún ninguno de los vecinos a dado la alarma, hermano. — La figura masculina se apresuró a ingresar al carruaje y se acomodó frente a él.

—¿Qué haces aquí, Byron?

—Aún no he confirmado los rumores, pero era imperativo que lo supieras antes que tu abuela —le respondió con absoluta seriedad su amigo, lo que logró que Alexander se alarmase.

—Por favor, dime que Charles no ha hecho una de las suyas. —Pero el silencio que obtuvo en respuesta fue más atronador que la explicación que el hombre se apresuró a darle.

—He contactado a una vieja camarada, pero si tan solo la mitad fuera verdad, tarde o temprano, alguien va a venir a buscar a tu medio hermano, y tú sabes cómo son los rusos cuando consideran que alguien ha insultado su honor.

Alexander volvió a maldecir por lo bajo. El joven no pudo haber escogido un peor momento para meterse en problemas, en especial, en uno de ese calibre porque lo obligaba a él a hallarse una prometida cuanto antes. Porque si la historia era verdad, entonces el ducado de Kensington estaba por recibir a su próximo heredero. Y un bastardo era algo que su abuela definitivamente no iba a permitir.

—Mañana por la noche la madre de Jasper ha organizado una pequeña reunión en su casa... un té, para ser más preciosos. No eres el único de nosotros al que quieren casar, amigo. Y, en unos días, es la celebración de los Winterbourne. Debes asistir a ambos compromisos —le informó Byron mientras se apeaba del carruaje—. Tu Cali estará ahí.

—Ella no... —Alex quiso negar con vehemencia, pero simplemente no logró hacerlo.

—¿No es tuya?

—Jamás lo va a ser. La duquesa...

—Me parece que tienes más cosas por sopesar que el mantener el apellido

familiar impoluto. —Con aquellas crípticas últimas palabras, Byron se perdió en la noche.

Lo último que Alexander necesitaba, en aquellos momentos, era que su mejor amigo instigase ese lado salvaje que fue el responsable de que la hermandad lo reclutase en primer lugar. Solo el fallecimiento de su abuelo obligó a la Corona a que le permitieran regresar a una vida normal. Y, a excepción de sus muchas amantes, siempre se aseguró de mantener un férreo control sobre todos los restantes aspectos de su vida. Calíope Forrester era una distracción que no necesitaba.

Pero en ese momento, la luz de la que sabía era la habitación de Calíope se encendió, y toda su atención se focalizó en la misma. Podía ver una tenue sombra moviéndose en el interior. De seguro, preparándose para dormir.

El tan solo imaginarla en un vaporoso camisón le causó toda clase de reacciones. Cómo había pasado de considerarla una ratoncita sosa a estar por completo obsesionado con ella era un misterio que aún no se había atrevido a develar, pero así era. Él, el duque de Warwick, se encontraba básicamente acechando a la *casi florero* en la que jamás debió fijarse.

—Angus... —El carruaje se puso en movimiento, pero él se hallaba ajeno a todo lo que no fuera esa brillante luz que parecía estar llamándolo sin importar qué tanto él se alejase.

Al día siguiente, en la reunión de su amigo, se aseguraría de borrarla de su mente y dar el primer paso para asegurarse una prometida cuya conducta su abuela considerase completamente insalvable.

Capítulo 8

Cali ya había tenido más que suficiente de todos aquellos pomposos y estirados nobles. Cualquiera día escogería estar junto a una cálida fogata compartiendo trozos de un ciervo recién cazado, junto a su tío y la tribu, que a tener que seguir soportando aquellas actitudes despreciativas y sobradoras.

Mascullando por lo bajo, se bajó del carruaje no sin antes fulminar con la mirada a su prima Cordelia, la responsable de que aquella misma mañana, tan rápido como su baúl fue devuelto, su abuela lo abriera para descubrir la ropa en su interior. Por fortuna, Selene se las había arreglado para engañarla diciéndole que se trataban de obsequios por parte de Lobo Negro y nada más. Pero la había dejado a ella en una complicada situación. Tener que usar esa absurda ropa interior, que poco hacía por cubrir algo, tan solo la hacía sentirse completamente desnuda. Al menos, había podido conservar su puñal, pero la situación entera la había puesto de muy mal humor.

—Sonríe, prima. Escuché que el duque y todos sus amigos van a estar presentes.

Cali puso los ojos en blanco al oír eso. Alexander Kensington era la última persona que deseaba ver en la faz de la Tierra. Como si su primer y último encuentro no la hubiese dejado lo suficientemente descolocada, a lo largo de la última semana, él se aparecía en cada reunión donde ella se hallaba. Para colmo, aunque no le hablaba, tampoco le quitaba la mirada de encima y, por alguna razón, eso parecía mantener a todos los caballeros alejados de ella y, por ende..., de todas sus amigas. Lo que estaba arruinando todos los planes que ella tenía de conseguirles un marido apropiado.

—Cali...

—Ahora no, tía, por favor. —Sabía que Selene estaba preocupada, pero

realmente no deseaba hablar. Solo quería estar en el té el tiempo suficiente como para no hacer quedar mal a su abuela y retirarse.

De repente, una conmoción se oyó entre los invitados más cercanos mientras ellas se acercaban a los escalones de la entrada, pero antes de que su prima pudiera reaccionar, dos enormes bestias negras la chocaron y la lanzaron al suelo.

—¡Perros! —Cali sonrió fascinada y se preparó para el enviste de los dos canes que no tardaron en percibir su alegría y, en la alocada carrera, se dirigieron hacia ella.

Todo pareció ocurrir al mismo tiempo. Uno de los enormes canes se paró en dos patas para reclamar afecto mientras Cali retrocedía un paso con la pierna izquierda en un intento por no terminar en el suelo al recibir el fuerte impacto. No contó con que se iba a pisar el ruedo del vestido. El sonido de la tela rasgarse apenas si fue oído por el chillido que ella dejó escapar al tiempo que era derrumbada al suelo exitosamente. Atrapada bajo el peso del animal, su musical risa se pudo escuchar con claridad.

Tentada, Selene no pudo más que sacudir la cabeza divertida ante lo ocurrido.

—Solo tú, sobrina, logras encantar a los sabuesos infernales con tu mera presencia —declaró mientras el otro can se acercaba a la joven y, luego de empujar ligeramente a su compañero, se instalaba a medias sobre su *presa* para proceder a reclamar mimos.

—Son mastines ingleses, tía. Nunca creí ver uno tan de cerca —logró comentar entre risas mientras ambos animales terminaban de arruinarle el vestido con sus patas llenas de barro, copiosos montones de baba y más que efusivo afecto. Sin mencionar que se rehusaban a dejarla levantarse.

—¡Por el amor de Dios! ¡Frederick! ¡Siegfried! ¡Se les ordenó encerrarlos!
—Una dama ricamente vestida se acercó alterada y gritando órdenes a diestra y siniestra—. Señorita Hawthorne, lo siento tanto.

—Forrester.

—¿Perdón? —descolocada, la dama la miró, confundida.

—Soy una Forrester. Mi abuela es Hawthorne —respondió Cali mientras continuaba mimando a los dos mastines.

—Eres la hija de Andrómeda. —Repentinamente la mujer pareció conmocionada y, sin decir una sola palabra más, se dio media vuelta y huyó hacia el interior de la residencia.

—Yo... lo siento... —Cali ignoraba qué acababa de ocurrir, pero jamás fue su intención disgustar a la mujer.

—Ella era una de las mejores amigas de tu madre. Cuando Andy se fue... fue difícil para todos —susurró Selene con la mirada perdida en sus recuerdos—. Creo que por eso mamá está tan empeñada en casarte. Si lo logra, tú te quedarás.

—Tía...

La dama sonrió con cierta tristeza y se acercó a ayudar a la joven a levantarse, pero sin mucho éxito dado que uno de los animales decidió que ella también debía unirse a la sesión de mimos y, sin dudarlo, le dio un topetazo con su enorme cabeza, lo que logró que la dama perdiera el equilibrio y cayera sentada. Para sorpresa de todos, la siempre calma y serena mujer rompió a reír a carcajadas a las que pronto se unió su sobrina.

Cuando Alexander bajó del carruaje, lo último que esperó hallar fue aquella escena ante sus ojos. Calíope y la tía atrapadas bajo el peso de los mastines ingleses criados por su amigo Jasper.

—Y por eso es que las muchachas americanas tienen tantos problemas para conseguir buenos partidos. —El comentario de su abuela le recordó que la mujer había insistido en estar presente en el evento. Angus le había jurado y perjurado que la joven no iba a asistir por algo que había ocurrido temprano a la mañana, pero, entonces, ¿qué hacía ella ahí?—. Alexander, ve y ayúdalas, antes de que terminen arruinándole la tarde a todos con tan desastroso despliegue de modales.

Estaba por responderle a la dama cuando Cali logró pararse y él vio la enorme rotura en la cintura. No solo se veía la entretela, sino que el rasgón era tan evidente que poco faltó para que se le vieran las enaguas, sin mencionar que, cuando se giró, pudo ver el estado del corpiño. Nunca encontró una parte de la indumentaria femenina tan fascinante como en esos momentos. Sin mencionar el hecho de que ella parecía estar usando uno de esos medios corsés franceses que parecían diseñados para enloquecer a la población masculina. Y, en Cali, se veía en extremo tentador. Y no era el único presente ante el cual ella estaba exhibiendo sus encantos. Molesto, fulminó a varios con

la mirada mientras acertaba la distancia que los separaba. Sin dudar un instante, se quitó el saco y se apresuró a cubrirla con el mismo.

—Grac... Tú. —Y así de rápido todo el buen humor de la joven se evaporó como por arte de magia.

En su lugar, se halló con su adorable ceño fruncido y una mirada tan disgustada por su presencia que, en vez de sentirse ofendido, no pudo más que sonreírle. Pero eso solo logró que ella lo fulminase con la mirada.

—Si me permite escoltarla a uno de los aposentos para que pueda cambiarse el vestido...

—¿Cambiarne? —Cali parecía estar a punto de salir corriendo, y él se aseguró de sujetarla mejor contra su cuerpo, no era que eso le resultase un sacrificio dado que le permitía poder sostenerla de esa manera sin que nadie pusiese reparos al respecto. Al fin y al cabo, era lo que se esperaba de un caballero.

—Si eso representa un problema, estoy seguro de que lady Cavendish estará más que dispuesta a prestarle uno de los vestidos de Coraline. Son muy similares en contextura física —sugirió Alexander a sabiendas de que la dama acababa de regresar del jardín y podía oírlo con claridad.

—Eso...

—Se lo agradeceremos muchísimo, milady. Con la prisa que tenían mis sobrinas por disfrutar un día al aire libre, olvidaron empacar lo necesario en caso de sufrir un percance como este —se apresuró a responder Selene, dándole una mirada muy significativa a Cali, quien al instante acalló cualquiera fuese la objeción que iba a emitir y, en cambio, se limitó a respaldar lo dicho con varios asentimientos—. ¿Sería posible que dispusiéramos de esa misma habitación para que Cordelia se recueste un rato? No está acostumbrada a lidiar con tales sobresaltos.

A Alex le pareció escuchar una risa ahogada ante esas últimas palabras, pero optó por ignorarlas. La señorita Cordelia no era en absoluto de su interés.

—Milord, usted recuerda la antigua habitación rosada de cuando las niñas eran pequeñas, ¿no es así? —Aún visiblemente afectada, la dama enseguida respondió. Él se apresuró a asentir y, antes de que cualquiera pudiera siquiera imaginar lo que estaba por hacer, se inclinó y con agilidad cargó a Cali en sus brazos para luego avanzar con largas zancadas al interior de la casa.

—¡Alexander! —Ni siquiera el tono censurante en la voz de su abuela lo

detuvo. Había más que suficiente gente como para asistirle si decidía tener una crisis como resultado de su objetable comportamiento.

Además, tampoco quería arriesgarse a tardar demasiado y a que Cali se las arreglara para escabullirse de sus brazos.

—Sabes que puedo caminar, ¿no? —al fin susurró ella, probablemente en un intento por no atraer más atención de la que ya tenían sobre sí mismos. Varios de los sirvientes habían dejado de hacer sus quehaceres para contemplarlos alarmados. Para la media tarde, ya todos sabrían lo ocurrido.

—Si te cargo, llegaremos más rápido —respondió sucinto.

—¿En serio? ¿Y por qué la prisa? —Cali le preguntó con cierta sorna—. Cualquiera pensaría que es incapaz de mantenerse lejos de mí.

—¿Desde cuándo nos importa lo que esas personas piensen? —Alexander era consciente de estar hilando fino, pero con ella en sus brazos no podía evitar más que preguntarse cómo serían las cosas si no pareciera ser que ellos se repelían con la misma fuerza con la que parecían verse atraídos desde que se vieron por primera vez.

—Le recuerdo, lord Warwick, que *esas personas* son sus pares del reino. —Su tono se volvió frío y se removió en un intento por liberarse, pero con muy poco éxito de su parte—. Agradezco su ayuda, pero era innecesaria.

—¿Hubieses preferido que todos te vieran medio desnuda? —masculló tenso. Sabía que eso no debía importarle, pero lo hacía, y mucho.

—No sería la primera vez. Ahora, si tiene la bondad de bajarme, así evitamos que a mi tía le dé un síncope.

Poco le faltó para soltarla al oír sus palabras. Había infinitas posibilidades de interpretación y, sin embargo, su mente no dejaba de conjugar los más enloquecedores escenarios hasta el punto de que la dejó de pie junto a la entrada de la habitación y se marchó sin siquiera despedirse.

Necesitaba alejarse de ella cuanto antes o terminaría haciendo algo de lo que bien podría terminar arrepintiéndose.

Capítulo 9

Cali observó emocionada a su alrededor. Luego del incidente, apenas llegaron ella creyó que iba a estar confinada a las habitaciones hasta la hora de regresar, pero luego de la abrupta despedida del duque, seguida de cerca por la intempestiva entrada de Cordelia acompañada de Selene, lo último que esperó fue que la apurasen para que cambiara su vestido porque las esperaban para compartir un picnic cerca del lago.

No dudó un instante en aceptar, incluso si implicaba utilizar otra de esas horrendas enaguas bajo el ajustado vestido. Que su tía le comentase sobre la posibilidad de utilizar un bote de remos fue lo que más la ilusionó y, por eso, tan pronto llegaron a las inmediaciones de la pérgola, donde los sirvientes ya habían armado las mesas, ella se apresuró a reunirse con sus amigas.

Las hermanas Callahan prefirieron quedarse en tierra junto con Amelia. Pero Sophie, Anastasia y Svetlana se mostraron más que dispuestas a acompañarlas. Probablemente igual de hastiadas que ella ante tanta pompa tiesa y floritura, no tardaron en apropiarse de uno de los pequeños botes para comenzar a remar.

Pese a ser un lago dentro de una propiedad, era en extremo grande y les permitió alejarse lo suficiente como para poder hablar con confianza y sabiendo que nadie las oiría.

—¿Es verdad lo que nos contaron sobre el duque?

—Me hubiese encantado ver las caras de esas brujas cuando él te cargó escaleras arriba.

—¿Sobre que me acompañó hasta la puerta de la habitación? Sí, es verdad. —Al ver la emoción en los rostros de las jóvenes, elevó una mano antes de que pudieran llegar a las conclusiones erróneas—. Nada ocurrió. Yo no soy su

tipo...

—¿Cuál? Inteligente, simpática y alocada...

—Yo diría que al duque más bien le interesan... experimentadas, vanas y superficiales —declaró Svetlana—. Aunque, si alguien así me pretendiese, bien fingiría todo eso para conservarlo.

—Lana, quiero más que eso, y no un hombre que se vea obligado a casarse conmigo porque nos atraparon en una situación comprometida. —Cali suspiró pesarosa—. Sé que quizás estoy buscando un imposible, pero quiero más que tan solo ser un adorno en el brazo de mi marido. Quiero pasión. Quiero paseos bajo la luna. Quiero...

—Un amor inesperado —susurró Sophie con expresión soñadora.

—¿Un amor inesperado?

—Sí. Mi mamá lo llamaba así. —La escocesa sonrió con afecto al recordar a su madre—. Es cuando el amor simplemente llega a tu vida en el momento menos indicado y de la persona con la cual una no desea saber nada.

—Como Cali y el duque —declaró con plena confianza Lana.

—Me parece que has pasado mucho tiempo bajo el sol, hermanita —bromeó Tasia, para luego darle un afectuoso abrazo.

—Espero que sea solo eso... o estoy viendo cosas —respondió la joven mientras señalaba hacia la madera del bote bajo sus pies—. ¿Eso no es agua?

—¡No sé nadar! —gritó aterrada Sophie mientras se ponía de pie intentando alejarse de la pequeña abertura.

—¡No! ¡Sophie! ¡No te muevas! —Pero la advertencia de Cali no llegó a tiempo.

El bote se hamacó peligrosamente y, al final, dio una vuelta de campana que lanzó a las cuatro jóvenes al agua. En medio de gritos, Cali logró sujetar a Sophie mientras vio cómo las jóvenes rusas lograron aferrarse a la parte flotante del bote que, boca abajo, parecía continuar hundiéndose.

Consciente de que era imposible nadar cargándolas a todas, ayudó a su amiga escocesa hasta llegar a la vera del lago, que afortunadamente no estaba muy lejos, y, sin dudarlo, se quitó el pesado vestido y se volvió a lanzar al agua para sacar al resto que aún continuaban aferradas al bote. Cali decidió que lo primero que haría, apenas tuviese algo de tiempo, sería enseñarles a nadar a todas sus amigas.

Estaba casi por alcanzarlas cuando dos figuras pasaron a su lado y algo se aferró a su tobillo, lo que la hizo reaccionar con un grito mientras con el otro

pie pateaba a la criatura que la había atrapado.

—¡Cali! —La profunda voz de Alexander la paralizó y pronto se encontró flotando entre sus brazos.

—¿Milord? —No lograba comprender qué hacía él ahí, incluso cuando vio pasar a dos de sus amigos cargando a Lana y Tasia—. ¿No se supone que la nobleza se derrite o algo así si están en prolongado contacto con el agua?

Alexander rompió en carcajadas al escuchar sus palabras.

—Realmente mi título no te impresiona, ¿no?

—No, milord.

Podía ver la sinceridad brillando en la mirada de Cali y, tal como una abeja sobre la piel, se encontró acortando la distancia entre sus cuerpos, aprovechando la protección del agua.

—¿Por qué?

—Porque no define quién eres —continuó ella. Pero a Alexander no se le pasó por alto la manera en que sus mejillas comenzaron a ruborizarse y que parecía repentinamente muy interesada en su mentón.

—Mi abuela tendría algo que decir al respecto de eso, estoy seguro —comentó como al pasar nadando aún más cerca de ella.

—Al igual que la mía. Quizás deberíamos reunir las para que tomen el té juntas —logró responderle la joven, aunque fue apenas un susurro y, entonces, eran sus labios los que parecían haber capturado toda su atención.

—Quizás, pero necesitarían una muy buena razón para ello —respondió intentando restarle importancia al asunto mientras notaba que, al menos él, ya casi hacía pie en donde se hallaban.

—¿Cómo cuál? Hasta donde sé, no se necesita mucho para que jueguen a la hipocresía diplomáticamente correcta, y una visita social es más que suficiente... —Cali calló en el momento en que Alexander envolvió, con uno de sus fuertes brazos, su cintura y la acercó de manera inesperada. Apenas si le dio un instante para reaccionar y, luego, finalmente hizo lo que había anhelado hacer noche tras noche mientras la veía sentada junto a sus amigas, mordisqueándose el labio inferior mientras analizaba todo a su alrededor.

Se apoderó de sus dulces labios y ni siquiera una mordida le impediría descubrir a qué sabía su boca. Gruñó bajo, exigiéndole la entrada, y cuando ella accedió, supo que nada más importaba más allá de ese momento. Luego se preocuparía de las consecuencias.

La pasión se apoderó de él como nunca antes en su vida, y cuando ella lo

envolvió con las piernas en torno a sus caderas mientras enterraba sus delicadas manos en sus cabellos, perdió el poco control que le quedaba. Asegurándose de que no se fueran a ahogar, nadó con lentitud hacia la orilla, hasta que sintió el barro bajo sus pies.

Con una mano en torno a su cintura y la otra sujetándola por la nuca, se las arregló para llegar hasta la hierba, donde la recostó, y en ningún momento permitió que sus labios se separaran.

—¿Cali? ¿Milord?

Vagamente fue consciente de pasos acercándose o de las voces de sus amigos llamándolos a ambos.

—¡Calíope!

El grito tuvo el efecto deseado porque la joven se paralizó en sus brazos, para luego comenzar a forcejear con él. Maldiciendo el mal tino de sus acompañantes, finalmente elevó el rostro para hallarse con la expresión consternada de Byron y la joven Amelia que, según recordaba, había bailado con él en la fiesta hacía unos días atrás.

—Yo... yo... yo... —Cali parecía incapaz de formular una frase coherente mientras se sentaba sobre la hierba. Las mejillas arrojadas y la respiración agitada delataban no solo la pasión compartida, sino el pánico que estaba comenzando a invadirla.

—Cálmate, Cali, respira o te vas a desmayar. —Pero en el instante en que él intentó tocarla, ella se levantó de un salto—. Cali, por favor...

—No. —Una sola palabra y Alexander sintió que todo dentro de él se tensaba, pero, antes de poder detenerla, ella se lanzó de cabeza al lago—. ¡Calíope!

Maldiciendo, estaba por ir tras ella cuando la mano de Byron en su brazo lo detuvo.

—Suéltame.

—Ese tono conmigo no funciona. Nos conocemos demasiado bien —masculló el hombre—. Salvo que me estés por decir que ella es parte de tu plan. Olvídalo.

—¿Qué plan? —Ambos se giraron a observar a la tímida joven que, de brazos cruzados, los fulminaba con la mirada—. Milord, mantendré silencio por el bien de mi amiga, pero si sus intenciones no son honorables, por favor, aléjese.

—Y si no, ¿qué harás, ratoncita?

—Hablaré con mi tío. Lloraré, mentiré y él me creará —declaró con absoluta resolución pese al temblor de sus manos que delataba lo asustada que se sentía—. La reputación lo es todo entre nobles, y resulta que Cali me agrada.

Dicho lo cual, se marchó en un revuelo de faldas de regreso a la casa.

—Alex, ¿qué ocurre? —finalmente le preguntó Byron deteniéndose a su lado.

—Sabes que siempre le escapé al compromiso. —Esperó a que su amigo asintiera antes de continuar—. Cuando llegamos, ocurrió algo... Incluso si mis intenciones fueran honorables... La duquesa viuda dejó en claro que Cali es inaceptable.

—Entonces, sabes lo que tienes que hacer.

Capítulo 10

Después de lo ocurrido aquella tarde, Cali se rehusó de plano a asistir a cualquier otro evento, para gran preocupación de su tía y el enojo de su abuela. Pero, sin importar que la dama recurriera a todo su amplio armamento, la joven se rehusó a capitular.

Hasta una mañana, dos semanas después, en que las tres hermanas Carmichael, Beatriz, Birdie y Bianca, decidieron básicamente forzarla a abandonar su autoexilio tentándola con la promesa de que la feria que acababa de llegar a la ciudad sería una manera divertida de pasar el día. Sin hombres, sin protocolo, solo ellas cuatro. Aunque debieron aceptar que Selene las acompañase por el bien de las apariencias.

Cali sospechaba que todas sabían sobre lo ocurrido con el duque, pero cuando ninguna mencionó nada y se limitaron a abrazarla, finalmente accedió. Ni ella misma tenía en claro cuáles eran sus emociones al respecto. O mejor dicho, no quería analizarlas muy de cerca porque eran una absoluta locura.

Cuando por fin llegaron al lugar, se encontraron con una mezcla variopintos personajes. Observaron todo fascinadas hasta que al fin, luego de mucho caminar, decidieron sentarse a descansar.

—¿Señorita Selene?

—Doctor Walker. Qué sorpresa encontrarlo aquí. —La dama de inmediato le ofreció una cálida sonrisa al hombre, lo que indicaba mejor que nada que él era alguien que gozaba de su simpatía.

—Veo que su sobrina ya se encuentra mejor.

—Sí. La caída en el lago le causó un terrible malestar, pero por fortuna no fue nada más que un susto —se apresuró responder—. Además, usted sabe cómo es la juventud. Jamás se perderían el visitar la feria.

—Lo sé muy bien. Mi sobrino prácticamente me forzó a traerlo —acotó el caballero—. Aunque creo que lo perdí entre el carrusel y el oso bailarín.

—Estoy segura de que no puede andar muy lejos. Me hubiese gustado presentárselo a Cali y sus amigas —comentó educada Selene, mientras su sobrina le hacía señas desesperadas a espaldas del hombre—. Supongo que otra vez será.

—¡Tío! No vas a creer lo que acabo de ver. Un hombre tiene unos monos muy extraños de dos colores. —Un sonrojado joven se les acercó a la carrera.

—¡Matthew! Permíteme presentarte a la señorita Selene Hawthorne, su sobrina Calíope y sus amigas. —De inmediato el caballero procedió a hacer las introducciones necesarias, pero a Selene no se le pasó por alto cómo su sobrina parecía querer marcharse de ahí cuanto antes. Para colmo, que el joven pareciera sentir curiosidad por ella no ayudaba a la situación.

Acordaron pasear juntos, pero Cali se esforzaba por responder solo lo justo y necesario. Hasta que llegaron a los juegos de tiro al blanco.

—¿Probamos? —preguntó ilusionada Bianca—. ¿Por favor?

—Yo ganaré algo para ti —le declaró inesperadamente Matthew a Cali, mientras se acercaba al puesto.

—No es necesario. En serio —aseguró Cali, tan solo queriendo ahorrarse la embarazosa situación. Como si no tuviese suficiente con ser incapaz de dejar de pensar en Alexander, lo que menos deseaba era alentar al joven—. Pero estoy segura de que a Bianca le encantaría que ganaras algo para ella.

—¿Podrías? —La enorme sonrisa de la joven logró que Matthew se sonrojara, pero de inmediato asintió y Cali aprovechó para alejarse sin ser notada.

A pesar de haber visto muchos animales en América, le intrigaban los monos que el joven había mencionado y, con eso en mente, comenzó a buscarlos.

Alexander sonrió complacido al notar cómo ella sutilmente desviaba la atención del joven hacia una de sus amigas. Al menos el escuálido muchachito no era alguien de quien se tuviese que preocupar. Aunque se alarmó cuando la vio alejarse de su grupo para perderse entre el gentío. Considerando la

habilidad que Cali poseía para meterse en situaciones desesperantes, temía lo que pudiera ocurrirle si él no estaba ahí para protegerla.

Apresuró el paso y agradeció su estatura de casi metro noventa que le permitía ver por encima de la mayoría de las cabezas. Aunque a esa hora el público consistía de familias disfrutando de los maravillosos espectáculos que la feria ofrecía. No era como si Cali pudiese meterse en algún problema grave.

Pero con lo que sucedió cuando esta giró a la derecha, detrás del puesto de la adivina, se retractó al instante. Sujetando contra su pecho a una pequeña criaturita peluda, con su otra mano, la joven estaba utilizando una vara de abedul a modo de arma para mantener alejado a quien él suponía debía ser el dueño del animal.

—¿Qué ocurre aquí? —inquirió con la autoridad conferida por años de educación.

—Esa pequeña... zorra me robó —masculló el desaliñado hombre.

—¡Yo no robé nada! ¡Usted lo estaba maltratando al querer meterlo dentro de esa botella de vidrio! —gritó la joven que no dudó en golpear la mano del hombre cuando este osó acercarla demasiado.

—¡Me pertenece! Llamaré a la policía.

—Hágalo.

Alexander, consciente de que la situación podía escalar aún más, se acercó a Cali con lentitud y le envolvió, con una mano, la cintura.

—Déjame verlo. —La vio dudar unos instantes, pero finalmente apartó la mano y le mostró a la pequeña criaturita blanca de enormes ojos celestes. No debía medir más de diez centímetros y estaba seguro de que entraría con comodidad en la palma de su mano—. ¿Cuánto quiere por él?

La expresión del rostro del hombre cambió al instante, y Alex supo que debía estar pensando cuánto dinero le iba a sacar. Solo el hecho de que Cali estuviese presente le impidió arreglar las cosas de otra manera.

—Ya que es un regalo para su amante... Cincuenta libras.

—Perfecto.

—No, Alexander. —Cali apoyó una mano en la suya, lo que le impidió entregar el dinero que él acababa de retirar del interior de su chaqueta.

—Cali, permíteme hacer esto por ti —le respondió con una sonrisa—. Además, no todos los días un hombre puede ofrecerle a su prometida un regalo como este.

Antes de que la joven pudiera siquiera objetar a su declaración, él la pegó a su cuerpo y se apoderó de sus labios. No había sido ese su plan original cuando la siguió a la feria, pero al verla tan decidida a defender a un pobre animal... simplemente no se pudo controlar.

—¡Alexander Sebastian Kensington! —La voz de la duquesa viuda retumbó por la feria mientras la dama se aproximaba a la pareja—. Si por un instante crees que voy a permitir que te cases con esta... salvaje..., estás muy equivocado.

—No hay nada que puedas hacer para impedirlo, abuela —respondió con educación, pero por dentro bullía de ira.

—Angus, acompaña a la joven con su tía —ordenó la dama sin inmutarse ante la actitud de su nieto—. Permitiré que conserve esa asquerosa alimaña que causó todo el problema, pero eso es todo.

Consciente del enfrentamiento que sabía podía ocurrir, besó la frente de Cali y la instó a irse con el otro hombre. Ella parecía aún en *shock* por el giro de los acontecimientos, pero asintió.

—¿Te crees que no sé cuál era tu plan, muchacho? Involucrarte con una joven que no esté a nuestra altura para así poder postergar que contraigas nupcias... Eso es ridículo —declaró la dama, consciente de que Cali podía escuchar cada palabra—. Para antes de que el mes finalice, tendrás una duquesa digna de nuestro apellido.

Alexander sintió cómo el lado ruso de su herencia empujaba por salir y decirle exactamente a su abuela lo que opinaba de su arbitrariedad, pero al ver el brillo de las lágrimas en los ojos de Cali, todo en su interior se derrumbó. No podía permitir que ella creyera eso.

—¿Eso es verdad? —le preguntó con una voz suave y temblorosa.

—Cali...

—Alexander, no empeores la situación y deja que la muchacha se marche. —La oportuna aparición de Byron logró que frenase su lengua—. Yo la escoltaré a su casa, y luego hablaremos.

—No voy a permitir... —Pero algo en la mirada de su amigo tuvo un efecto instantáneo en su abuela, porque la dama calló enseguida y desvió ligeramente el rostro hacia otro lado. Algo que ella jamás hacía por nadie.

Capítulo 11

Cali gimió mientras se cubría el rostro con la almohada. Había pasado una noche fatal en la cual el descanso la eludió porque las pocas veces que estuvo a punto de dormirse algo en relación a Alexander se le cruzaba por la mente. Lo cual era ridículo, él solo estaba fascinado con ella por ser la única mujer que no corría detrás de él.

—¿Cali? —La voz de Selene, del otro lado de la puerta, la abstraigo de sus pensamientos—. ¿Puedo pasar, cariño?

—Sí, tía —respondió mientras se sentaba en el lecho.

—Espero que no te importe, pero... Cordelia escuchó algo ayer, y bueno...

Con el corazón en la boca, miró a su tía al borde del pánico. Era consciente de que mucha gente asistía a la feria, pero el beso y la declaración de Alexander habían ocurrido en un lugar algo apartado. Sin mencionar que la duquesa parecía una mujer de armas tomar y, luego de lo que había descubierto, dudaba mucho de que fuese a permitir que semejante escándalo se supiese... aunque quizás se aseguró de que su familia sí lo supiera para mantenerla alejada.

—Cali, no queremos que te marches.

—¿Qué? —Cali dudó respecto a lo que acababa de oír.

—Delia escuchó ayer cuando le pedías a una de las criadas que te averiguara información sobre el próximo barco que sale rumbo a América—. Selene se sentó a los pies de la cama y la observó con tristeza—. Sé que quizás te estoy pidiendo mucho. Entiendo que extrañes tu hogar. Al fin y al cabo, somos extraños para ti, pero... ¿te quedarías aunque sea hasta que acabe la temporada?

—Tía... —La joven sintió cómo un nudo se le formaba en la garganta que le

dificultaba el poder respirar. Parpadeó varias veces en un intento por no derramar ninguna lágrima. Ya había llorado bastante la noche anterior.

—Cariño..., ignoro qué ocurrió, pero estoy segura de que se va a solucionar. —Selene le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja y luego le acarició la mejilla en un gesto afectuoso tal como solía hacer su madre.

Eso fue todo lo que necesitó Cali para finalmente romper a llorar. Su tía, de inmediato, se acercó más y la abrazó. Le acarició los cabellos mientras le cantaba una vieja canción de cuna hasta que por fin el llanto cesó lo suficiente como para que ella pudiera comprender que otras cosas la dama le estaba susurrando.

—Espero que el hombre que te haya hecho llorar esté sufriendo al menos la mitad que tú.

—Tía...

—Está bien, cariño. Yo también tuve una vez un gran amor, pero a diferencia de mi Andy... —La dama se encogió de hombros y pareció perderse en sus recuerdos—. Digamos que sé lo que se siente que te rompan el corazón.

—Mi corazón no está roto, tía —se apresuró a negar la joven.

—¿Estás segura? Entonces me parece que tenemos un problema más complicado de lo que yo creía. —La dama la besó en la frente y se levantó de la cama—. Delia está muy emocionada por las próximas festividades. En unos días, partiremos a la casa de campo de los marqueses de Winterbourne. Estoy segura de que el aire de campo nos hará bien a todas... y madre no irá. Entonces, ¿te quedarás?

—Pero solo hasta que termine la temporada.

—Veremos. —Aunque su voz sonó algo críptica, Cali la vio desaparecer detrás de la puerta y tuvo la sensación de que su tía sabía algo que ella ignoraba.

Tres horas más tarde, Cali seriamente se replanteó huir. Si había creído que la visita anterior a la modista fue mala, la del ese momento era simplemente espantosa. Ya había discurrecido varias veces con su prima por la manera en que

maltrataba a los empleados, al cochero de su tía y a la modista misma.

—A pesar de todo, me alegra que me hayas acompañado. —Esas palabras, viniendo de Delia, la sorprendieron—. Sé que piensas que te odio, pero no es así.

—Jamás creí eso. —De hecho, Cali consideraba que no se conocían lo suficiente como para albergar esa clase de sentimientos la una por la otra.

—Es que cuando supe de tu llegada, creí que finalmente tendría una amiga y, al final..., resultó que estás todo el tiempo con esas... floreros —suspiró la joven—. Sin importar a dónde vayamos, ellas siempre están ahí.

—No son floreros. —Automáticamente saltó a defender a sus amigas.

—Lo sé... Son *casi floreros*, pero yo no. Por ende, no puedo sentarme con ustedes, Cali.

Por primera vez, ella realmente observó a su prima y notó lo que antes no vio. Cordelia se veía agotada. Bolsas violetas, disimuladas por el maquillaje bajo sus ojos, y había perdido peso porque en la primera visita escuchó cómo mencionaban que debían ajustarle el vestido, sin mencionar la extrema palidez.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupada.

—No sé qué voy a hacer, Cali, estoy desesperada —susurró la joven, y la expresión en su rostro la alertó de que la situación era grave.

—¿Nos permitirá unos momentos, por favor? —le pidió a la asistente de la modista, quien se apresuró a retirarse mientras le aseguraba que nadie las molestaría.

—¿Qué ocurre, Delia?

—Estoy en problemas, Cali, y no sé qué hacer —fueron las últimas palabras que dijo antes de romper a llorar, desconsolada—. La noche de la fiesta creí que finalmente lo había logrado, pero... él amenaza con arruinarme.

—¿Quién? —Cali podía no conocer a su prima, pero eran familia y no iba a permitir que nada ni nadie le hiciera daño—. ¿Quién es?

—Lo conociste la noche del primer baile. Charles... Kensington —susurró entre hipos la joven—. El hermano de tu duque.

—¿Qué?! —Cali sintió que el enojo burbujeaba en su interior y comenzó a pasearse dentro del vestidor—. Maldito... Como... Si llego... Quién se cree... —Estaba tan alterada que no lograba siquiera formar una frase completa.

—Él, incluso..., me envía obsequios.

—¿Y tú se los aceptaste?

—No tuve opción.

—Perdóname, Delia, pero sigo sin comprender el problema. Me suena a que él desea cortejarte.

—Pero no es así... Yo pensé lo mismo en un principio, pero él no es una buena persona. La otra noche en la fiesta, esperó a que yo me alejara un poco del salón y me llevó a la rastra a la parte trasera de la casa donde sabía que no íbamos a ser oídos.

—¿Te lastimó?

—Lo intentó, y yo lo golpeé.

—Prima, hay algo que no me estás diciendo —finalmente comentó Cali al sentir que su prima le estaba dando vueltas al asunto en su cabeza, pero no se animaba a terminar de decirlo.

—¿Nunca te preguntaste por qué nuestras primas y tías aún no han vuelto del campo?

—Sí, pero supuse que no era asunto mío el andar fisgoneando por ahí.

—Cassandra, la mayor de nuestras primas... ella quedó en cinta.

—¿Qué?!

—Nuestra familia mintió y dijo que se iban todos a un casamiento en Escocia para no levantar sospechas, pero ella se va a quedar allá. Un pariente lejano aceptó albergarla.

Shockeada, Cali solo pudo observar a su prima con los ojos desorbitados.

—El problema, Cali, es que cuando descubrí algunos secretos de la vida de Charles, decidí que no era un buen partido. Por eso opté por esquivarlo todo lo que pude en la fiesta, pero eso lo enfureció y me arrastró hasta que quedamos solos. En ese momento, le dije que no quería que me cortejara más, pero aquello hizo que me apretara del brazo y que me... amenazara. —Se hizo un breve silencio en el que solo observó cómo su atónita prima la miraba, hasta que volvió a hablar—. Él sabe lo de Cassandra, Cali. Y juró que lo haría público si yo no aceptaba un futuro matrimonio con él... Como sea, que siempre me regalara joyas, solo joyas, me resultaba un poco sospechoso, pero ahora... creo entenderlo todo. —Suspiró—. Y aún las conservo. Están escondidas en un compartimiento secreto de mi escritorio. Temía que realmente fuera a arruinarnos, Cali. Tú no sabes lo que esta gente es capaz de hacer si se llegan enterar —susurró Delia limpiándose las lágrimas—. Vives en América. Allá todo es distinto. Nuestra familia de allá es distinta... En

cambio aquí... Ya viste cómo es la abuela.

Cali respiró hondo varias veces y una idea comenzó a formarse en su mente.

—¿Él va a ir a la celebración de los Winterbourne?

—Sí.

—Perfecto. No te preocupes por nada. Yo voy a solucionarlo todo —le aseguró Cali mientras iba planeando cómo lograr su objetivo.

—No... no vas a matarlo, ¿o sí?

—Ojalá... No. Aunque el tío probablemente no tendría tantos miramientos. Pero... necesito que hagas algo por mí. —Cali sabía que también iba a necesitar la ayuda de sus amigas para tener éxito.

—Lo que sea.

—En ese caso, escúchame... —mientras Cali le explicaba su plan, ignoraba que había otra persona más presente escuchando atentamente.

Capítulo 12

Alexander se paseó nervioso en el interior de la habitación que le habían asignado, cada tanto deteniéndose a contemplar los carruajes que iban llegando a la casa de campo. Se palpó el bolsillo interno del saco por décima vez.

—No lo perdiste. Tranquilízate, hermano. Jamás te vi tan nervioso por una persona —comentó Byron mientras se detenía a su lado a observar a los restantes invitados.

—Ella no es cualquier persona —respondió con firmeza y fue entonces que vio el carruaje de los Hawthorne ingresando a la propiedad. Consciente de que si no se distraía, bajaría a la carrera para poder estar con Cali, observó de reojo a su amigo—. ¿Descubriste algo sobre la ladrona?

—Tengo mis sospechas, pero aún necesito confirmar algunos datos —le respondió el hombre—. Sabes que, apenas sepa algo concreto, te lo diré.

—¿Y sobre la señorita Sommers? Es imperativo descubrir qué interés tiene Charles en ella.

—La joven debió haber arribado al puerto unos días atrás, pero tan solo el equipaje lo hizo. Tuve que pedir algunos favores, pero mis contactos sabrán hallar la información pertinente.

Consciente de que tan solo tenía esos días para lograr su objetivo, asintió seco. Sin importar qué tan intrigado estuviese por la identidad de la joven, quien, además, descubrió, por medio del diario, que poseía muchas facetas, Cali era real... La ladrona, cada vez, parecía más una ilusión creada para distraerlo y mantenerlo ocupado persiguiendo un espejismo.

—Recuerda, lady Winterbourne no preparó una cena como los años anteriores. Quiere que sus invitados vean el nuevo diseño de los jardines y el

espectáculo de fuegos artificiales que el marido contrató especialmente para ella, por ende, toda la comida serán bocadillos y cada invitado podrá ubicarse en donde desee —explicó Byron viendo a Cali bajar del carruaje acompañada por su prima y su tía—. Si la oportunidad se nos presenta, lo haremos durante el festejo, pero, de lo contrario, yo iré por ella una vez que todos estén durmiendo.

Alex se tensó ante la idea de otro viendo lo que él ya consideraba suyo. Aún le carcomía las palabras que ella le había dicho cuando los mastines rompieron su vestido. No había manera de que lady Hawthorne se arriesgase a que una de sus nietas no fuese virgen..., pero, por otro lado, conocía a la suficiente cantidad de caballeros que habían sido fácilmente engañados por medio de varias artimañas femeninas que evidenciaron la *pureza* en la noche de bodas.

Cerró con fuerza las manos hasta convertirlas en puños.

—No la juzgues por lo que aún no sabes. Además, es obvio que ella se respeta demasiado a sí misma como para tener un amorío —manifestó Byron—. Cálmate, hermano, y esperemos a la llegada de la noche. No va a ser difícil hallarla entre las demás damas. Ella y las *casi florero* han generado toda una conmoción esta temporada.

Alexander sonrió ante la mención del grupo de jóvenes. Definitivamente habían resultado ser todo un descubrimiento y uno que estaba manteniendo a más de un par del reino en ascuas. Definitivamente, pese a que todas poseían más de una razón para hallarlas *inaceptables*, estaban demostrando que eso era un mero detalle en el cuadro mayor.

—Nos vemos antes del evento —con aquellas palabras, el otro hombre se marchó.

Cali agradeció que no hubiese luna llena. Eso le permitía escabullirse por entre las sombras sin que nadie detectara su presencia. Aun así, se aseguró de que todos los invitados estuviesen cerca del lago, participando de la celebración. Delia iba a improvisar alguna excusa si, por casualidad, alguien cuestionaba la ausencia de su prima, y sus amigas también estaban al tanto de lo que estaba por hacer. Sin mencionar que habían decidido de manera

unánime que Delia jamás debía ser dejada a solas. Tenían que asegurarse de que, luego de aquel viaje, el maldito de Charles Kensington se mantuviera lo más lejos posible de ella y de que, además, no tuviese evidencia concreta que la comprometiera. Mientras el duque no se involucrase, no corrían riesgo alguno de que la cosa pasara a mayores.

Por fortuna, no había sido difícil hallar en qué habitación se hospedaba lord Warwick y su compañía. Mientras se encaramaba del alfeizar de un pequeño salón en la segunda planta, agradeció que su prima hubiese logrado recuperar uno de sus pantalones del baúl porque colgar con una abultada falda a varios metros del suelo definitivamente no era algo que hubiese deseado experimentar.

Inhaló hondo y se desplazó hacia el balcón de la que sabía era la habitación de Charles. Deseó tener una de las serpientes de su abuelo para meterla en la cama del muy maldito. No lo matarían, pero sí lo harían sentirse miserable por varios días. Era lo mínimo que el muy desgraciado se merecía.

Por un momento, le pareció escuchar un ruido, pero cuando nadie entró a la habitación, se apresuró a ingresar a la misma. No podía arriesgarse a tardar y que terminaran atrapándola porque eso sí que sería un problema. Vestida con pantalones de piel de venado y una camisa negra de su tío, no había manera de que pudiese explicar su presencia en mitad de la noche y menos aún en la habitación de un calavera como bien había descubierto que era Charles.

Se desplazó en silencio. Consciente de que tan solo debía dejar las joyas en un pequeño cofre de madera labrada con el que él viajaba siempre. Y que a menudo dejaba al resguardo dentro de un compartimiento de su baúl.

De nuevo escuchó un sonido y se paralizó. Se giró con lentitud en dirección a los ventanales, pero sin una luz directa solo podía ver las enormes sombras proyectadas por las columnas y nada más. Entornó los ojos y, por unos instantes, le pareció ver a alguien, pero cuando parpadeó la forma ya no estaba. Nerviosa, se apresuró a encontrar el objeto y con cuidado colocó toda la joyería en su interior.

Delia se lo había enseñado todo el día anterior y ella no pudo más que admirar las delicadas piezas. En especial un juego de aros y collar que brillaban con la intensidad de las estrellas. De una tonalidad celeste muy pálida, jamás había visto piedras como esas.

Esta vez, cuando el sonido pareció provenir del pasillo, Cali no dudó y regresó sobre sus pasos y se apresuró a descolgarse del balcón hasta el del

piso inferior, a sabiendas de que estaba vacío porque los invitados aún no habían llegado y, de ahí, luego de asegurarse de que no había nadie en las inmediaciones, se escabulló hacia sus habitaciones. Tenía apenas minutos para vestirse y regresar a la celebración.

Cuando finalmente se reunió con su prima y sus amigas, la sonrisa radiante que exhibía fue la mejor señal de que su misión había tenido éxito.

—¿Y no viste al duque? —le preguntó Amelia, quien no había dejado de darle miradas especulativas desde lo ocurrido aquel día en el lago.

Inconscientemente acarició al pequeño monito que entonces la acompañaba a todas partes y negó con la cabeza.

—¿Por qué habría de importarme eso?

—Porque nos ha estado merodeando desde que nos vio... Y porque parece incapaz de quitarte la mirada de encima —le susurró Sophie, dándole un muy poco sutil codazo mientras con la cabeza le indicaba hacia la derecha.

Muy a pesar suyo, Cali giró ligeramente el rostro y no tardó en perderse en la penetrante mirada de Alexander. El rubor fue instantáneo, así como el calor que sintió que se esparcía por todo su cuerpo. Como si con su mera presencia bastase para hacerla incendiar.

—¿No desean beber algo? —preguntó Bea claramente intrigada y, ante el efusivo asentimiento de Cali, todas se dirigieron hacia la mesa de refrigerios —. Júrame que no ocurre nada entre ustedes —fueron las próximas palabras en salir de su boca.

—Como si la arpía de la duquesa fuese a permitirlo. Esa mujer es una bruja —masculló Bianca, como siempre poseedora de una fragante sinceridad.

Cali sintió cómo una opresión se apoderaba de su pecho, pero, decidida a ignorarlo, negó con la cabeza.

—Nada ocurre ni va a ocurrir, chicas. No soy la prometida correcta para el duque —respondió, incapaz de ocultar la tristeza que eso le generaba, a pesar de cuánto quería negarlo.

—Todo va a solucionarse, Cali. Ya lo verás —le susurró Amelia, abrazando a su amiga por la cintura.

Capítulo 13

Calíope se paralizó en el instante en que la puerta de la habitación se abrió. Sabía que no había dejado rastro alguno de su presencia en la habitación de Charles. Entonces no había razón alguna para que alguien se escabullera en el interior de la suya.

Intentó focalizarse en no entrar en pánico y mantener su respiración calma, tal como le había enseñado su tío cuando la llevaba de cacería consigo. Un depredador enseguida percibía el olor del miedo y eso nunca funcionaba a favor de la presa.

—Sé que estás despierta, Cali.

La joven no reconoció enseguida la voz.

—No —susurró, lo que generó una risa masculina como respuesta.

—Alexander me envió. Necesita hablar contigo —le informó Byron.

—¿Y no podía esperar a la mañana?

—Mañana puede ser demasiado tarde, Calíope. —La seriedad de la respuesta fue lo que finalmente la puso en movimiento—. Sé que puedes escabullirte por la ventana. Yo estaré contigo para asegurarme de que no te caigas y te rompas el cuello.

—¿Qué? Pero...

—Cali, después podrás hacerme todas las preguntas que desees, pero ahora mismo debemos apurarnos.

Teniendo cuidado de no despertar a Delia, que con toda la tensión de la noche terminó preparándose un té para calmar los nervios, se las arregló para seguirlo tras ponerse un abrigo de hombre que él le entregó. Luego se deslizó por el balcón hacia una de las habitaciones continuas y de ahí continuó todo un recorrido que ella desconocía. Suponía que tenía que estar agradecida de que

al menos la estuviese guiando lejos de la mansión.

Por un instante, creyó que irían a las caballerizas, pero cuando al final desviaron hacia los frondosos bosques, dudó unos instantes. Estaba siguiendo a Byron, en medio de la oscuridad hacia un lugar desconocido solo porque le dijo que Alexander lo había enviado, pero... ¿y si se dirigían hacia un peligro aún mayor que el tan solo ser descubiertos juntos a esas horas de la noche?

—¿Cali?

—¿Cómo... cómo sé que dijiste la verdad? —finalmente preguntó mientras se aseguraba de tener su puñal escondido dentro de la manga del abrigo. El factor sorpresa era siempre esencial para que el efecto fuera eficiente—. ¿Hacia dónde vamos?

—Cali...

—Juro que si te me acercas, lo vas a lamentar.

—Preciosa, no estoy lo suficiente cerca como para que puedas dañarme seriamente con tu puñal —Byron se burló.

—Pero tampoco te encuentras lo suficiente lejos como para no herirte llegado el caso —respondió con decisión. No se iba dejar intimidar y antes prefería armar un escándalo que dejar que él se la llevase lejos del lugar. Sabía que varios de los mozos de cuerdas descansaban en las caballerizas, así que alguien la oiría si gritaba.

—Quizás... —Byron maldijo por lo bajo mientras se acercaba con lentitud, con las manos en alto—. Lo siento, pero le di mi palabra y tú no me dejas otra opción.

No supo exactamente qué ocurrió, jamás había visto a nadie moverse con esa velocidad. En un instante estuvo frente a ella y, al siguiente, el mundo pareció volverse de costado para luego desaparecer... Cali había quedado inconsciente y su cuerpo laxo era cargado por el hombre.

Alexander creyó que el día que al fin se viera obligado a desposarse simplemente lo haría con su usual y fría indiferencia, pero jamás creyó estar en Gretna Green contemplando el rostro dormido de su futura esposa.

Al principio había enfurecido al saber que Byron le había puesto las manos encima para dejarla inconsciente y poder trasladarla, lo que causó que le diese

un puñetazo en el rostro a su mejor amigo. Pero finalmente, una vez que se calmó, comprendió que había sido necesario. Cali jamás se hubiera dejado llevar a ninguna parte sin resistirse a cada paso del camino, y no podían arriesgarse a que alguien en los terrenos los vieran o, de lo contrario, todo se habría arruinado.

Sonrió ante lo que estaba por hacer mientras se acuclillaba junto al camastro que les habían prestado para que la joven estuviese cómoda mientras descansaba. Levantó una mano y le acarició con suavidad la mejilla mientras le apartaba un mechón de cabellos del rostro.

Podía no ser una belleza clásica, pero para él, en un espacio de pocos días, se había convertido en la mujer más bella del mundo. Alexander era consciente de lo que otros pensarían si lo escuchaban, pero esa era la realidad que entonces regía en su corazón. Cali y su sonrisa radiante, la manera en que sus ojos brillaban llenos de vida, dispuestos a dar lucha a cual fuese el obstáculo en su camino, la lealtad que le ofrecía a su familia y amigos... incluso la manera en que había defendido a la pequeña criaturita que, en ese momento, estaba escondida entre sus largos cabellos y lo espiaba casi desafiándolo a que intentase dañar a su protectora.

—¿Sabes algo, amiguito? No eres el único que ha perdido el corazón por ella —le susurró mientras acercaba su mano y le permitía olerlo. Era necesario que se familiarizase con su aroma o, de lo contrario, jamás le permitiría acercarse a Cali sin intentar atacarlo—. Soy malo para esto... las emociones —le confesó mientras el monito finalmente decidió que su presencia era aceptable—. Pero quiero a Cali en mi vida. No como amante o diversión pasajera. Quiero caminar a su lado. Protegerla de todo y de todos. Ser digno de un día merecer su amor.

—¿Milord?

Alexander se tensó al oír la voz de la joven y sintió cómo, por primera vez en su vida, un desconocido calor se apoderaba de sus pómulos.

—Escúchame, Cali, por favor. No me importa lo que dijo mi abuela. Me rehúso a pasar el resto de mi vida junto a una mujer que tan solo ve mi título, mis riquezas y los beneficios que puede obtener de ello —barboteó, decidido a no dejar que ella lo rechazara—. Desde el primer momento en que te vi... simplemente... pusiste mi vida de cabeza. Contigo no sé si vengo o si voy, y yo... lo amo.

—¿Amas que te vuelva loco? —la pregunta fue apenas un susurro

acompañado de una ceja ligeramente enarcada.

—Sí. No... Maldita sea. —Alexander sintió la frustración apoderarse de él y se pasó una mano por los cabellos—. No es así como imaginé que nuestra conversación iba a ser.

—¿Y cómo iba a ser? —Un brillo pícaro apareció en la mirada de la joven mientras inclinaba la cabeza, observándolo con curiosidad.

—Primero que nada, no ibas a estar inconsciente. Segundo..., espera. —Sin darle tiempo a nada, la ayudó a ponerse de pie y, una vez que estuvo seguro de que no se iba a desplomar, se hincó frente a ella sobre una rodilla—. Quiero que seas solo mía...

—¿Acaso soy de alguien más? —lo interrumpió Cali intentando ocultar la sonrisa que pugnaba por asomar en sus labios.

—Me lo vas a poner difícil, ¿no? —Alexander estaba seguro de que debía ser la propuesta matrimonial más bizarra de la historia, pero lo aceptaba... tal como aceptaba todo de ella.

—Absolutamente —le respondió la joven, y dejó, por fin, escapar una suave risa.

—Cali... —Esperó a que ella lo observara con toda su atención, el sonrojo en sus suaves mejillas fue automático—. ¿Sientes esto? —Sujetó una de sus delicadas manos y la apoyó sobre la abertura de su camisa abierta, directo sobre la marca, bajo la cual su corazón latía con fuerza ante el contacto—. Podría recitarte poemas y sonetos, pero sé que ese no es el camino a tu corazón... y este es lo que yo más anhelo. Así como tú ya has capturado el mío y que solo late por ti.

—Milord...

—Alex, o Alexander, en su defecto... —se apresuró a demandarle, no quería que hubiese ninguna barrera entre ellos.

—Alexander... —susurraron sus labios, y fue el sonido más maravilloso para los oídos de él. Algo que solo podría ser superado por dos palabras, las cuales él estaba dispuesto a obtener fuese como fuese.

—Sé mi esposa, Cali, y juro pasar el resto de mi vida demostrándote que soy digno de ti. —Por unos segundos, creyó que ella lo iba a rechazar, en especial cuando sus ojos se llenaron de lágrimas—. Cali... si no lo deseas...

Pero no pudo decir más porque, como tan solo ella era capaz de hacerlo, se lanzó a sus brazos, lo que los tumbó sobre el frío suelo de piedra, y lo besó con tanta pasión que Alex estuvo seguro de que hasta las estatuas de los santos

se estaban ruborizando.

—¿Eso es un «sí»?

Aún conmovida, ella tan solo asintió, recostada sobre él.

—Ya era hora. —La voz de Byron resonó en la habitación—. Tu baúl se encuentra oculto debajo de esa manta, Cali. Por favor, vístete rápido antes de que mi amigo y el religioso comiencen a pensar que te arrepentiste.

La musical risa de la joven se escuchó hasta afuera, y el párroco sonrió complacido ante la obvia felicidad de la futura esposa.

Capítulo 14

Cali observó de reojo al hombre que entonces era su esposo. Decir que estaba nerviosa no era suficiente para describir las emociones en su interior en aquellos momentos. Su corazón latió enloquecido mientras su alma gritaba que había hecho lo correcto. Su cabeza... Esa era otra cuestión, sus pensamientos estaban por todas partes y no podía centrarse en nada en concreto.

Luego de la conversación en las habitaciones del párroco, no habían vuelto a casi intercambiar palabras porque, según le había explicado Alexander, debían regresar cuanto antes a la casa de campo.

—Te pido que me perdones, Cali, sé que no es lo usual para una pareja de recién casados el pasar la primera noche separados, pero deseo que todos sepan que eres mi esposa de la manera correcta y no porque me atraparon en tus aposentos —le había explicado mientras el carruaje regresaba a velocidad inusitada hacia la propiedad de los Winterbourne.

—Comprendo —ella se apresuró a responder. Había optado por intentar mantenerse lo más calmada posible, al menos para cualquiera que la viera, hasta el punto de que en vez de utilizar el anillo de bodas en la mano, lo había colgado de una delicada cadena de oro. Si nadie lo veía, no había explicaciones que dar.

Cuando el carruaje se detuvo a una prudente distancia de la enorme edificación, Cali recogió sus faldas y se apresuró a bajar sin siquiera esperar a que el duque o Byron le ofrecieran asistencia. Y, con la misma velocidad, entró al lugar y se encerró en sus habitaciones. Necesitaba estar sola para procesar todo lo que había ocurrido. Es más, aún no estaba segura de que no hubiese sido todo un sueño.

Apenas se encontró a salvo en las penumbras del cuarto, se recostó sobre la

puerta y cerró los ojos. Estaba segura de que, cuando los abriera, se encontraría con que ya era de mañana y todo había sido un muy vívido producto de su imaginación.

Ruidos provenientes del balcón la alertaron de que ya no se encontraba sola y, con precaución, se acercó al mismo... para ver a Alexander de pie delante de los ventanales.

—Te pudiste haber roto tu aristocrático cuello —barboteó sin saber muy bien qué más decir.

—Por favor, el sobrino de los marqueses es uno de mis mejores amigos, a menudo solíamos trepar por los balcones para asustar a sus odiosas hermanas —le respondió sin siquiera inmutarse por el estado en el que habían quedado sus elegantes ropas luego de la actividad realizada.

—Milord...

—Alexander... —al instante gruñó él, mirándola con el ceño fruncido.

—Alexander..., ¿qué haces aquí?

—Resulta que mi esposa huyó de mí sin siquiera desearme las buenas noches.

—¿Arriesgaste tu cuello solo por un saludo de buenas noches? —Cali, por unos instantes, dudó sobre el estado mental del hombre frente a ella. Era una absoluta locura lo que él le estaba diciendo—. Bien. Buenas noches, Alexander.

Apenas si se alejó unos pasos que él la aferró del brazo, pero antes de que ella pudiera preguntarle al respecto se encontró con él poseyendo sus labios. La excitación se apoderó de Cali y respondió con pasión ante el reclamo de su boca. Sabía lo que ocurría entre un hombre y una mujer. Su madre y su tía siempre habían sido muy sinceras al respecto, pero ella jamás creyó llegar a experimentarlo con semejante intensidad.

—Alex... Alex... —gimió mientras él le besaba el cuello, y luego sus labios se desplazaron por su clavícula hasta el escote.

—Shhh... está bien, amor —le susurró, y comenzó a besarla con lentitud—. Nada anhelo más que poseerte en este mismo instante, pero no mereces que te tome como un macho en celo.

—¿No?

La ronca risa masculina le erizó la piel de la manera más deliciosa y Cali pronto se encontró perdida en la mirada de su esposo.

—No, mi musa de la poesía. Mereces que nuestra primera vez sea

inolvidable y no a las apuradas. Me rehúso a levantarte las faldas como si fueras una moza cualquiera —le respondió con firmeza mientras le acariciaba una mejilla—. Cuando finalmente te haga mía, quiero que quede grabado en tu alma, así como en tu cuerpo.

—Alex... —Cali no supo qué decirle, así que volvió a ofrecerle sus labios que él, ávido, aceptó hasta que los dos se encontraron en el piso del balcón, luchando por desvestirse.

—Cali, me enloqueces... —susurró Alex uniendo sus frentes—. Si no me marcho ahora, la casa entera sabrá lo que hacemos, mi amada.

—¿Eso sería tan malo?

—Cali..., por favor.

Ella intuía que había algo que él le ocultaba, pero lo único que podía hacer era confiar él. Eso o no volver a hablarle y regresar a América cuanto antes.

La idea se le hizo tan dolorosa que sonrió y sintió cómo las lágrimas pugnaban por salir mientras un dolor sordo se instalaba en su pecho.

—No llores, mi amor. Te juro que, tan pronto estemos en Londres, todo saldrá a la luz. —Alex besó cada una de sus lágrimas mientras le acariciaba las mejillas.

—¿Lo prometes?

—Por mi honor. —Era un juramento honesto—. Debo marcharme. Mañana por la noche me reservarás todos los bailes.

—Pero... eso está mal visto, Alex. —Su abuela le había repetido, una y otra vez, las reglas correctas de etiqueta al respecto.

—Eres mi esposa. Me rehúso a ver a algún idiota con sus manos en ti — declaró con fiereza. La besó una última vez y pronto se lanzó a descender para desaparecer antes de que alguien se despertara.

Capítulo 15

Cali flotaba sobre una nube. Aunque odió no poder contarles nada a sus amigas, había decidido respetar la decisión de Alex. Sin mencionar que cada vez que se cruzaban él le dirigía unas miradas tan apasionadas que le costaba no estallar en llamas.

En el baile, la situación fue completamente distinta a las semanas anteriores. Cuando Jasper la invitó a bailar, solo lo consideró una casualidad, en especial cuando él se disculpó por el incidente con sus enormes mascotas. Pero luego, a lo largo de la noche, los caballeros que ella sabía que eran amigos de Alexander también la invitaron a bailar, hasta el punto de escribir ellos mismos sus nombres en su tarjeta de baile, pero asegurándose de dejar espacios libres. Y Cali, al instante, supo la razón: querían que él pudiera bailar con ella.

Cuando por fin anunciaron un vals y Alexander se le acercó y la invitó a bailar, Cali no cabía en sí de alegría.

—Nuestro primer baile como marido y mujer —le había susurrado él logrando que se sonrojase con intensidad.

Si sus amigas sospechaban algo, no lo dijeron, tan solo ofrecieron amplias sonrisas de felicidad. Sin mencionar que esos mismos caballeros también procedieron a bailar con todas ellas.

Sin embargo, a medida que fue transcurriendo la noche, Cali no pudo más que notar el cambio de conducta en Delia. De estar ilusionada con el evento, había procedido a ponerse cada vez más pálida y taciturna hasta que finalmente se excusó y desapareció escaleras arriba. Cali en un primer momento dudó, pero finalmente decidió seguirla. No porque pensase que fuera a hacer algo ridículo, sino porque estaba genuinamente preocupada por la

joven.

Así fue como no tardó en escuchar el ruido de forcejeos mientras caminaba frente a una de las habitaciones del primer piso. No se suponía que nadie estuviese ahí y ningún sirviente, en su sano juicio, armaría semejante jaleo. Antes de siquiera poder cuestionar lo inteligente de su decisión, empujó la puerta e irrumpió en el interior.

—¡Cali! —El grito desesperado de su prima la puso en movimiento. Sin dudar, se lanzó sobre el hombre que tenía a la joven sujeta contra la pared y le clavó las uñas en el rostro.

—¡Maldita perra!

—¡Corre, Delia! ¡Corre! —Cali agradeció cuando su prima le hizo caso y ni el sonido de tela rasgándose la hizo flaquear en sus intentos por detenerlo. Ella sabía defenderse, había practicado infinidad de veces y, aunque sabía que no era inteligente herir a alguien de la nobleza, no dudaría en hacerlo si eso lo detenía.

Pero entonces el hombre se giró y la estrelló con fuerza contra la pared, lo que hizo que se soltara de su agarre y fue en ese momento cuando se encontró con el rostro herido de Charles Kensington.

—Debí imaginar que eras igual de puta que tu prima —masculló el hombre, pero no supo que dejarla de pie era un error porque Cali blandió su puñal y lo escondió a sus espaldas, a la espera de lo que fuera a hacer él—. Pero ahora tú me darás lo quiero.

Cali no dudó: con un rápido movimiento del brazo, le hizo un profundo tajo en la mano, con lo que logró que retrocediera y aullase de dolor.

—¡Putas! Ya vas a ver... —le gritó el hombre mientras la lanzaba al suelo.

—¡Charles!

Cali palideció al ver la expresión en el rostro de Alexander mientras este ingresaba a la habitación, seguido de cerca por Delia que, blanca como el papel, apenas si parecía capaz de sostenerse sobre sus propias piernas.

—¡Esta zorra me atacó!

Fue entonces que Cali notó en dónde se hallaban. Era la misma habitación en la que se había escabullido temprano la noche de la de la celebración, en la que dejó todas las joyas que Charles le había obsequiado a su prima. Más allá de las circunstancias, tanto Delia como ella no tenían manera de explicar lo ocurrido sin que la reputación de ambas se viese perjudicada.

Aterrada, clavó la mirada en su esposo, quien se encontraba intentando

tener una conversación mínimamente civilizada con su hermano. Y ese momento fue el que Delia aprovechó para acercarse a ayudarla a pararse.

—Tenemos que irnos, Cali, por favor... Deprisa —le susurró aún más asustada que ella.

—Pero...

—Cali, los invitados pronto se van a enterar de que algo ocurre. ¡No pueden hallarnos aquí! —Desesperada, Delia tironeaba de ella mientras la arrastraba hacia afuera de la habitación.

Apenas si habían dado unos pasos que una mano la sujetó por el antebrazo, lo que forzó a Cali a detenerse.

—¿Por qué? —Fue tan solo una pregunta, pero ella notó la expresión torturada en los ojos de Alexander.

—Cali...

—Ve, Delia, necesito solo unos segundos. Ve al salón. Yo ya te alcanzo —finalmente le ordenó a la joven que no tardó en asentir y huir en esa dirección.

—Calíope...

—Así que las cosas van a ser así. —Ella, al instante, se soltó de su agarre —. Él estaba maltratando a mi prima, milord.

—Eso es imposible. Charles jamás ha...

—¿Como también es imposible que él haya estado chantajeándola? ¿Que haya hecho todo lo posible por poner en riesgo su reputación?

—¿Eso es lo que ella te dijo? Todos han visto la manera en que tu prima siempre coquetea descaradamente con cada caballero poseedor de un título... y con varios que no lo tienen, pero que sí poseen amplias cuentas bancarias.

—Exacto: solo coquetea. Delia jamás pondría en riesgo su reputación de esa manera.

—¿Al igual que tú, Calíope? Porque, según recuerdo, estuviste más que dispuesta a arriesgarte conmigo —respondió mordaz—. O supongo que eso es lo que su abuela les enseña. Al fin y al cabo, has estado el tiempo suficiente como para que se te instruya bien.

—¿Sabes qué? Piensa lo que quieras. Es obvio que ya has decidido algo al respecto. —Cali sintió como si él acabase de golpearla. Sin ser consciente de lo que hacía, se apresuró a retroceder. Necesitaba alejarse de él cuanto antes. En especial al ver la clara desconfianza en el rostro de Alexander. Bien podía cuestionar a Delia, pero ella jamás le había dado motivos para que desconfiara... aunque, por otro lado, no se conocían realmente.

—Cali, espera...

—No, lord Warwick. Usted y yo no tenemos nada más que hablar —dicho lo cual, Cali se quitó la cadena y le devolvió el anillo. Aprovechó el arribo de varios invitados curiosos para huir. Hablaría con su tía y se marcharían al instante de regreso a la ciudad.

Alexander observó cómo se alejaba el carruaje de las Hawthorne desde la ventana de su habitación. Aunque se las arregló para justificar la herida de su hermano como un accidente de cacería, no lograba encontrarle sentido a lo que había presenciado al llegar a su habitación.

Conocía la reputación de la joven Cordelia, pero jamás había sobrepasado los límites de un inocente coqueteo y creía conocer a Cali lo suficiente como para saber que ella jamás utilizaría su puñal si realmente no se encontrase amenazada.

—Me alegra de que te hayas deshecho de esas zorras —declaró su hermano mientras el médico terminaba de coserle la herida.

No sintiéndose capaz de mantener la calma necesaria para lidiar con uno de los berrinches de Charles, optó por no hacer comentario alguno al respecto. No sería la primera vez que se fueran a los golpes por tener un desacuerdo respecto a algo. Y la decepción en los ojos de Cali, antes de alejarse de él, se le había clavado en el alma.

—¿Sabes que tan solo quieren tu título? Delia se jactaba de que si bien ella no te había atrapado, estaba segura de que su prima lo lograría —continuó hablando el hombre, ajeno a la furia que comenzaba a hervir en el interior de su hermano—. Como si tú te fueras a fijar en semejante mujercita insípida...

Alexander tuvo un momento de pánico y cerró los puños con fuerza ante la idea de que su Cali pudo haberlo engañado de tan vil manera. Entonces sintió el frío clavarse en su piel. Confundido, elevó la mano y vio el anillo que colgaba de la delicada cadena. Lo que él no le había dicho a Cali era que cualquiera que lo viera lo reconocería por lo que era: el anillo de su familia, especialmente diseñado para la duquesa. Y ella se lo había regresado.

—¿Pudiste descubrir algo sobre la ladrona, Charles?

—No te dije. Logré recuperar las joyas robadas de tu habitación. Las quiso

empeñar con nuestro joyero de confianza, y sabes cómo es ese hombre. Al instante reconoció las joyas de tu madre —mintió el aludido mientras bebía *whisky* de una botella—. Por supuesto que tuve que pagarle por su rapidez de pensamiento.

Aunque lo que él decía era factible, Alexander no podía dejar de sentir que acababa de cometer un terrible error con Cali y que si no hallaba la solución pronto, la perdería para siempre.

Capítulo 16

Dos semanas después

Cali no podía esperar al final de la temporada. Había decidido quedarse más que nada por Delia y sus amigas, pero no pensaba extender su estadía un día más del necesario. Ya había tenido más que suficiente al lidiar con la nobleza inglesa. En especial con cierto duque que, así como le había declarado, no había dudado un instante en darle la espalda.

Ella comprendía sobre lealtad, pero sin importar que fuese familia o no. Jamás se la otorgaría a alguien que no se la mereciera y Charles Kensington era una asquerosa alimaña manipuladora.

Aun así, el dolor constante que sentía en el corazón, cada vez que sus pensamientos volvían a esa noche en la pequeña iglesia de Gretna Green, era imposible ignorarlo.

—¿Calíope?

Intentando no dejar entrever sus turbulentas emociones, se giró en dirección a su abuela, que acaba de entrar al pequeño salón de estar, el cual ella había convertido en su refugio personal. No deseaba tener una nueva discusión con la dama. De hecho, lo único que ella había querido desde que aceptó la invitación de su tía era conocer a la familia de su madre. Pero Desdémona había probado ser un hueso duro de roer, aferrada a sus costumbres.

—Selene me comentó que te irás tan pronto termine la temporada.

—Así es. Ya extendí demasiado mi visita, abuela —respondió con calma—. Es mejor si regreso a América.

—¿Volverás a visitarnos?

—Yo... no lo sé. —Cali decidió ser sincera. Realmente anhelaba tener una relación cercana con todos ellos, pero estaba mostrando ser algo difícil si su

abuela no estaba dispuesta a respetar a su familia americana y a la manera en que la habían criado.

—¿Sabes? Cuando tu madre se marchó, estuve furiosa durante mucho tiempo. Luego, un día..., luego del fallecimiento de tu abuelo, Selene comenzó a leerme las cartas que Andy le enviaba. —De entre los pliegues de su vestido, la dama sacó un enorme fajo de cartas—. Me dejó conservar aquellas que eran para mí. Ella siempre escribía contándonos todo sobre ustedes. A su manera, pese a todo lo ocurrido, quería que supiéramos que pensaba en nosotros.

—Mamá siempre me contaba sobre ti y el abuelo. Sobre mis tías —susurró Cali, conmovida—. Ella me enseñó a ser una dama, abuela. Me enseñó todo...

—Pero también te dio libertad para volar, tal como tu padre se la otorgó a ella.

Incapaz de lograr pronunciar una palabra por sobre el nudo que se le había formado en la garganta, Cali tan solo pudo asentir mientras acariciaba el sobre con la letra de su madre. Repentinamente la mano de su abuela se apoyó con suavidad sobre la suya.

—Estoy vieja, así que no esperes mucho de mí, pero... si prometo *sacarme el palo*, ¿te quedarías por más tiempo? —preguntó la dama, con la esperanza vibrando en su voz.

Entre lágrimas, Cali rompió a reír a carcajadas. No podía creer que aquellas palabras acababan de salir de los labios de su aristocrática abuela.

—Pese a que todo mi ser desea una respuesta inmediata, te dejaré pensarlo con calma, mi niña. —Le ofreció un suave apretón y se alejó en dirección a la puerta—. Además, hay un alto y apuesto caballero que sospecho se colgará de nuevo por un balcón si no puede verte ya mismo.

Estupefacta, Cali no supo qué responder dado que dejaba en claro lo mucho que su abuela estaba al tanto de todo lo que ocurría y cómo, pese a sus obvias tendencias controladoras, les estaba dejando andar su propio camino.

Poniéndose de pie, se apresuró a alisarse la ropa y se aseguró de tener el cabello sujeto de manera mínimamente decente. Si era quien ella creía... el corazón le latía desbocado mientras esperaba a que la puerta volviera a abrirse. Pero, en vez de los ojos celestes pálidos de Alexander, se encontró con la oscura mirada del hombre que sabía gozaba de la plena confianza del duque.

—Lord Byron, ¿a qué se debe su visita?

—Veo que las noticias vuelan rápido —masculló el hombre, claramente molesto por el uso de su nombre unido a un título nobiliario. Pero, al no obtener respuesta de Cali, sacudió la cabeza con cierto pesar—. Hay algo que debes saber.

—No hay nada que pueda decirme que sea de mi interés —respondió a la defensiva la joven mientras se giraba para marcharse de la habitación tan rápido como había entrado.

—Alex no sabe que estoy aquí —se apresuró a explicar, lo cual detuvo al instante la retirada de Cali.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque mi amigo es un imbécil terco y enamorado que no sabe cómo arreglar las cosas con su mujer —respondió con la misma calma con la que se habla del clima—. Charles y Alexander son medios hermanos. Su padre, basta decir, ha tenido una vida amorosa muy activa, pero solo se casó con una única mujer.

—La madre de Alex.

Byron asintió antes de continuar hablando.

—Lo que te voy a relatar de momento son solo sospechas, aún no he hallado información fehaciente, pero, el día tu llegada, la joven que debió ser secuestrada fue la señorita Sommers, no tú. Pero hubo una confusión con los baúles y por eso te llevaron. —El hombre vio cómo Cali se acercaba y se sentaba a su lado en el sillón—. La joven es una rica heredera americana y el maldito quería forzarla a casarse con él para poder acceder a su dinero. La realidad es que cualquier mujer le hubiese venido bien.

—Incluso yo...

—Lamento decirlo, pero sí, Cali. Él tiene un título honorario, pero Alex le recortó recientemente el estipendio que se le permite gastar.

Cali, en ese momento, entornó los ojos y lo miró con suspicacia.

—Hay algo más, ¿no? —inquirió.

—Un viejo camarada mío me comentó un rumor bastante inquietante... Charles pudo haber dejado embarazada a una princesa rusa en su último viaje allá, solo que ignoraba que ella está en la quiebra... Alguien más es el verdadero heredero de todo. Solo la generosidad de su familia la mantiene cómoda. Imagínate lo que ocurrió cuando lo supo.

—La abandonó.

—Exacto. Él está desesperado, Cali, y dispuesto a hacer lo que sea para

que eso no se sepa. Ya de por sí sabes que a los hijos bastardos no se los ve con buenos ojos. En especial desde que su Majestad ocupa el trono. De no ser por Alexander, Charles no tendría nada. —Byron se tensó antes de continuar hablando—. Si eso se llegase a saber, Charles lo perdería todo.

—Sin mencionar su pésima reputación como hombre —masculló por lo bajo Cali—. Pero... si él tenía todo tan organizado..., ¿qué tiene que ver Cordelia con todo eso? —Lo que el hombre le estaba contando era una locura, pero al mismo tiempo tenía bastante sentido.

—Todos sabemos sobre la dispensa real para que el título de tu abuelo no se pierda. Y, hasta el momento, ninguna de las hermanas ni tus primas ha dado a luz a un heredero varón. —Era obvio que estaba intentando ser diplomático—. Tu prima era su último recurso. Y tú se lo arruinaste.

—Pero Alexander... —Cali frunció el ceño—. No comprendo.

—Él te ama, Cali... El no tenerte a su lado lo está volviendo loco, pero él mismo tiene que venir a ti. —La sinceridad en su mirada era más que evidente—. Solo te pido que le des tiempo. Alexander necesita hacer las cosas a su propio ritmo.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Para asegurarme de que no huyas a América. Es un viaje demasiado largo y yo ya no estoy en posición de ir y venir como antes. —Le guiñó un ojo y, tal como si no hubiese dejado su mundo patas arriba, se marchó.

Capítulo 17

Casi un mes después

Cali decidió que había enloquecido, no había otra razón para explicar por qué había aceptado asistir a una celebración en la propiedad que la familia Kensington poseía en las afueras de Londres. Aunque siempre podía culpar de ello a sus amigas y a su prima que se había autoproclamado una *casi florero* luego de lo ocurrido. Pero cuando su abuela, con quien la relación había dado un giro de ciento ochenta grados, le pidió que las acompañase, la joven terminó por capitular. Es más, incluso permitió que la vistieran al *último grito de la moda*.

Aunque se sentía expuesta con los hombros y las clavículas al aire, lo que exponía un generoso escote, sin mencionar la enorme falda que la hacía sentir que se iba a quedar atascada en alguna puerta, el color verde esmeralda intenso resaltaba su piel pálida y sus largos cabellos castaños. Solo rogaba no terminar tropezando porque no tenía ni idea cómo haría para levantarse sin terminar mostrando sus enaguas a todos los invitados.

Ingresó al lugar detrás de su abuela y saludó a todos como correspondía para luego ubicarse junto a sus amigas en un rincón cerca de la pista de baile, como se había vuelto su costumbre. La realidad era que las cosas habían estado tan caóticas que no había podido siquiera sentarse a conversar con ellas para saber lo que ocurría en sus vidas. Había escuchado rumores, pero, fiel a su estilo, prefería ir directo a la fuente para saber la verdad.

No obstante, apenas si pudo acomodarse que, al igual que en la casa de campo de los Winterbourne, los amigos de Alexander convergieron sobre ellas en rápida sucesión solo que, mientras se turnaban para bailar con sus amigas a intervalos, se aseguraron de tenerla a ella en constante movimiento. Hasta tal

punto que incluso varios jóvenes y hombres mayores se convirtieron en sus compañeros de baile. Confundida, y demasiado sorprendida, solo aceptó las invitaciones. Suponía que cualquier cosa era mejor que a estar sentada esperando en lenta agonía a que Alexander hiciera su aparición. Ya de por sí el hecho de ver a Desdémona hablando con la duquesa viuda la tenía con los nervios de punta, aunque dado que nadie había aparecido por la casa a reclamar su presencia ante la temible dama, suponía que su secreto estaba a salvo.

Finalmente sus amigas, al notar su cansancio, lograron darle la oportunidad de escabullirse hacia el amplio balcón. Necesitaba respirar un poco de aire puro y poner en orden sus ideas.

—Buenas noches, señorita —un caballero algo mayor la saludó con educación al tiempo que se detenía a una respetuosa distancia.

—¡Oh! Le pido me disculpe. Ignoraba que el lugar ya estuviese ocupado —se apresuró a excusarse Cali. Sabía que no podía quedarse a solas con un caballero sin un chaperona.

—Por favor, la terraza es grande, no hay necesidad de que regrese adentro —le aseguró el hombre ofreciéndole una sonrisa amistosa—. Además, no es propio de un caballero ir con chismes. Estamos a la vista de todos, así que no tiene de qué preocuparse.

Cali giró la cabeza en dirección a los ventanales y reconoció que el caballero estaba en lo cierto. Podía ver a la perfección a todos los bailarines desde donde se hallaba. Más tranquila, decidió que descansaría unos minutos y luego entraría.

—¿Qué hace una joven tan hermosa como usted sola aquí afuera? Cualquiera pensaría que los caballeros se pelearon por escoltarla —comentó como al pasar el hombre mientras se le acercaba—. Ese color la hace verse excepcionalmente bella.

—Muchas... gracias. —No supo qué fue, pero de repente Cali se sintió inquieta—. Yo... ya debo regresar. Mi abuela me debe estar esperando. Buenas noches, señor.

—Esa vieja bruja está muy ocupada haciendo de lambiscona con la duquesa.

—¿Perdón?

Pero antes de poder retroceder, el hombre la sujetó con sorprendente fuerza y, entre su firme agarre y las pesadas faldas, Cali descubrió que no podía

liberarse. Desesperada, tomó aliento para gritar a todo pulmón cuando vio acercarse al último hombre que esperaba.

—Le pido que le quite las manos de encima, Haversham.

Cali ya no forcejaba y, por el contrario, lo observaba con los ojos abiertos como plato. Por un instante, Alex temió que ella se fuese a desmayar de la sorpresa.

—¿Quién se cree que es?

—Cierto. No nos han presentado. Qué torpeza la mía. —Extendió una mano para estrechar la del maldito cerdo—. Alexander Sebastian Kensington, duque de Warwick y varios títulos más que no vienen al caso.

El hombre palideció visiblemente y paseó la mirada entre ambos durante unos instantes hasta que por fin pareció recuperar cierto grado de coraje. Con probabilidad, alentado por el público que acababa de aparecer junto a ellos en el balcón.

—De haber sabido que era su amante habría hablado con usted primero al respecto —comentó en voz alta para que todos pudieran oírlo—. No creerá que me interesa tener una discusión por una zorra buscona. Aunque debo decir que no me sorprende que ustedes, los pares del reino, no logren conservar a sus amantes.

El sonido del puño impactando contra la nariz del rubicundo hombre pareció retumbar por todo el lugar.

—Nosotros no solo sabemos cómo conservar a nuestras damas, sino que también nos las arreglamos bastante bien cuando se trata de defender el honor —gruñó mientras se enderezaba en toda su estatura—. Y sepa que no nos tomamos a la ligera cuando ofenden a nuestras esposas.

—¿Es-es-posas?

—Sí. Aunque no creo que sea una palabra con la que usted esté familiarizado, considerando que la última lo abandonó debido a sus constantes infidelidades y a sus deudas por juego —prácticamente le escupió mientras se acercaba a Cali, pues ya no lograba contener por más tiempo la distancia entre ellos.

—¿Milord?

—Alex o, en su defecto, Alexander, mi amor —le respondió, y luego, para sorpresa de todos, la envolvió en sus brazos para besarla con pasión. Y, con la misma velocidad, volvió a hablar—. Ahora que ya estás lo suficientemente comprometida, esposa mía, solo queda una cosa por hacer.

—¿Qué...?

Con un gesto de la mano, Byron se acercó arrastrando a un muy golpeado Charles, seguido de cerca por un desconocido que estaba cubierto con un sombrero negro de ala ancha y un abrigo del mismo color, lo que hacía imposible distinguir alguna pista sobre su identidad.

Confundida, Cali paseó la mirada entre ambos hombres. No lograba comprender lo que ocurría.

—Habla —le ordenó Byron doblándole un brazo al más joven de los Kensington.

—Yo robé las joyas de la madre de Alexander y fui el responsable de tu secuestro —dejó escapar entre varios gemidos de dolor—. Ese título debió ser mío. ¡Él ni siquiera es uno de nosotros! Tenía todo bien planeado hasta que apareciste tú..., maldita salvaje.

Esta vez, fue el puño del desconocido el que entró en acción y que, efectivamente noqueó a Charles al punto de dejarlo inconsciente en el suelo de piedras del balcón. Entonces Cali vio, con claridad en el brazo del hombre, la pulsera de cuero, así como los símbolos que tenía esta.

—¿Tío?

—Hola, pequeña lechuza. —Aunque ella no podía ver sus facciones, reconocía esa voz en cualquier parte. Era la misma que la había consolado cuando sus padres fallecieron, la misma que le enseñó a hablar sisika, la lengua de su pueblo, y que le contaba las leyendas de los misterios del universo mientras acampaban bajo las estrellas.

—¿Tío! —Importándole poco quien los viera, Cali se lanzó en brazos del hombre que la había criado, quien la amaba como si fuese su propia hija y que, como acababa de demostrar, siempre había estado ahí para ella. Sin poder contenerse, rompió a llorar y escondió el rostro contra su pecho.

—Shhh... Todo está bien, hermosa —le susurró Lobo Negro, y le besó los cabellos al tiempo que le acariciaba la espalda hasta que ella se calmó—. Ahora, Alexander y tú se deben una charla.

—Pero...

—Ve. Yo iré en unos minutos.

Cali se mordió el labio inferior, pero asintió y, sin siquiera esperarlo a Alex, se encaminó al interior del salón hasta que encontró la habitación que se hallaba más alejada de los curiosos y que resultó ser la biblioteca.

Apenas escuchó entrar a Alexander, se cruzó de brazos y lo encaró.

—Dime ya mismo lo que ocurre. ¿Te das cuenta de lo que hiciste? ¡¿Quién crees que eres?! —No supo que gritó hasta que él la sujetó entre sus brazos para abrazarla, pero ella se retorció en un intento por liberarse. Si él la tocaba, terminaría perdonándolo y no estaba dispuesta a hacerlo. Al menos no hasta que consiguiera una explicación a toda esa locura—. Suélteme, milord.

—No, mi amor. —De hecho, él parecía divertido con su enojo.

—¡Que me sueltes, Alexander!

—Lord Warwick, le voy a pedir que le quite las manos de encima a mi Cali si no desea que sus entrañas decoren la pared —amenazó una profunda voz masculina de pie entre las sombras—. Mi pequeña lechuza. ¿Te hizo daño? ¿Debo matarlo? —le preguntó en su lengua Lobo Negro, lo que les aseguraba privacidad de cualquier oído curioso.

—No, tío. Yo... estoy bien. Solo que no estamos de acuerdo en algunas cosas —se apresuró a explicar la joven. Podía estar molesta con Alexander, pero eso no significaba que lo quisiera muerto.

El hombre los contempló en silencio por unos instantes. Su penetrante mirada oscura le recorrió el rostro y finalmente se focalizó en sus ojos. Avergonzada, Cali sintió cómo se sonrojaba hasta la punta de las orejas, pero no podía evitarlo.

—Comprendo. Estaré afuera. —Y, sin más, cerró la puerta para que la pareja volviera a hallarse sola.

Capítulo 18

—Necesitaba saber la verdad.

—Yo te la dije y me ignoraste.

—Lo sé, Cali, y lo siento tanto. Debes entender que él era un niño cuando nuestro padre lo dejó conmigo. —Alexander sentía que ella se le escapaba como arena entre sus dedos—. Pero necesitaba descubrirlo todo. Charles, él... lo que hizo. Es mi culpa.

—No. No lo es. —No sorprendía que Cali no fuese a permitir que él se culpase por lo ocurrido—. Charles escogió su propio camino.

—Pero él...

—Tomó sus propias decisiones, Alex. Es un hombre. No el niño pequeño que tú conociste y que, en algún punto..., perdió su rumbo —dijo con determinación en su voz—. ¿Qué harás ahora con él?

—Irás a vivir un tiempo a Rusia con mi abuelo. Si eso no lo endereza, nada lo hará —respondió tenso—. Además de compensar a todos por el daño que hizo... lo que me lleva a lo siguiente. —Sacó del interior de su elegante chaqueta el pequeño diario de cuero y se lo ofreció—. Creo que esto es tuyo, mi pequeña ladrona.

Vio el inmediato sonrojo que invadió las mejillas de la joven al ver el objeto en sus manos.

—¿Lo leíste?

—Cada palabra. Supuse que querrías recuperarlo. Es lo mínimo que puedo hacer luego de que recuperaras las joyas de mi madre. —Alex sonrió al ver cómo ella se cubría el rostro con las manos.

—¿Cuándo...? ¿Cómo...?

—De hecho, debo agradecerle a tu tío por eso. Lo vio por casualidad allá

en mi estudio y lo reconoció al instante... Digamos que él te adora —le explicó mientras recordaba la furia del hombre cuando lo había derrumbado al piso para apoyarle un afilado cuchillo de cazador contra el cuello.

—Dime que no te lastimó.

—Nunca, hermosa.

—¿Cómo lo detuviste?

—Sencillo. Le expliqué que su sobrina era la única mujer a la que amo y que estaba desesperado por recuperarla. —Notó cómo Cali se descubría el rostro y lo miraba esperanzada—. No me costó nada conseguir su colaboración luego de ser debidamente amenazado en caso de que yo osara dañar uno de tus cabellos.

—Alex... —Cali no pudo más que reír al oírlo.

—Te amo, mi pequeña ladrona —le susurró sujetándola de la cintura para atraerla hacia su cuerpo—. ¿Perdonarías a este testarudo, orgulloso y tonto duque?

—Dilo de nuevo.

—Testarudo, orgu...

—Lo otro, milord.

—Que te amo. Que no puedo vivir más sin ti. Que este último mes fue una perpetua agonía sin ti a mi lado —le dijo, mientras con cada palabra le robaba un beso de sus dulces labios.

—Me alegra saberlo, milord... —Él estaba por corregirla, pero Cali le apoyó un dedo sobre los labios, lo que le impidió hablar—. Porque así yo también puedo decirte lo mucho que te amo, Alex.

El duque de Warwick gruñó bajo y luego procedió a amar a su duquesa, tal como le había prometido que haría aquella noche en que se entrelazaron sus destinos en una pequeña capilla.

Y así, tanto el duque como Calíope fueron testigos de que hasta los corazones más rebeldes y orgullosos no pueden resistirse a ese tipo de sentimiento... al de un amor inesperado.

Agradecimientos

A Lola Gude, por apostar en mí una vez más.

A la tropa de Locuras Escrituriles: Mimi, Juli, Cami... ¡Tenían toda la razón! ¡Vamos por más! ¡Las quiero mucho, loquillas!

To my two english angels... Tiff and Sam, love you to the moon and back!

Si te ha gustado
Un amor inesperado
te recomendamos comenzar a leer
La llama del amor
de *Victoria Magno*



Capítulo 1

Lay corrió al patio y tomó una honda bocanada de aire. Había ayudado a su madre en tantas ocasiones anteriores que creía conocer de memoria cualquier maniobra para traer a los niños al mundo. Su madre era la mejor curandera de los alrededores y la mujer más fuerte que conocía. Ella no se intimidaba con nada, su madre observaba con un rostro de impasible sabiduría cualquier emergencia, desde un niño abriendo las carnes íntimas de una mujer hasta la peor herida supurante y maloliente.

Pero Lay estaba muy lejos de poseer tal temple. Sí, podía curar heridas, siempre y cuando no fueran graves como las que tenían extremos de huesos emergiendo de la piel o gusanos comiéndose la carne... Con esos casos se le hacía difícil conseguir controlar el impulso de desmayarse. Era mucho mejor en la preparación de los vendajes y mezclando los ingredientes para las medicinas que su madre utilizaba. Los partos no eran gran cosa; una enorme cantidad de sangre, líquidos mezcla de varios orígenes y de vez en cuando contenidos intestinales derramados sobre la mesa en medio de muchos gritos, antes de un final feliz.

No obstante, cuando se trataba de casos personales como era aquel, con Nehiri, su mejor amiga dando a luz a su primer hijo, sencillamente sentía náuseas.

Había escapado de la habitación que de pronto se había vuelto extremadamente pequeña, antes de terminar vomitando sobre los instrumentos esterilizados de su madre.

—Lay, estás verde. —Atta, la hermana menor de Nehiri, se acercó a ella. Por su rostro, era claro que había estado aguardando afuera de la cabaña en espera de noticias—. ¿Está bien Nehiri? ¿Ya nació el bebé?

—¡Vamos, pequeña, tú puedes! —El grito de Feoni se escuchó desde el interior de la cabaña. Lay se sintió orgullosa de esa fuerte mujer, no solo era la jefa de la aldea, sino también la madre de las cinco chicas que ahora eran sus más cercanas amigas—. ¡Da un empujón fuerte y saca a ese niño de tus entrañas de una buena vez!

El mareo volvió con más fuerza y Lay debió sostenerse del muro de piedra a su lado.

—Mujer, estás verde, verde... —Atta puso una mano en su frente—. No es que haya otro tipo de verde, pero nunca te había visto tan... verde. —Sonrió, divertida, cuando Lay alzó la vista y le dedicó una mirada airada—. ¿No te

sientes bien en absoluto, verdad?

—Creo que no... —contestó Lay, inspirando una honda bocanada de aire.

—Por todos los cielos, ¿tan horrible es? —preguntó Lira, otra de las hermanas menores de Nehiri.

—Por supuesto que sí, ¿no lo estás escuchando, Lira? Es como una cámara de tortura. —Rina, un año menor que Nehiri, y próxima a casarse, estaba tan pálida que parecía a punto de desmayarse—. Yo nunca tendré hijos. ¡Nunca!

—Por supuesto que los tendrás, es horrible cuando ocurre, por supuesto, pero después se te olvida y la alegría de tener a tu hijo entre tus brazos compensa cualquier sufrimiento. De otro modo, mamá no nos habría tenido a todas nosotras. —Mandy, hermana mayor de Nehiri y las otras chicas, y voz de la razón, tomó la palabra—. Y mamá no crío a hijas cobardes...

—¡Voy a matarte por hacerme esto, Welor maldito bastardo! —Se escuchó el grito de Nehiri desde el interior de la cabaña.

Las cinco chicas volvieron las cabezas a la vez y fijaron las miradas sobre el nervioso hombre de pie a unos metros de ellas, tan pálido como Rina. Al escuchar las palabras de su esposa palideció aún más, al tiempo que sus ojos se abrían con miedo.

—Tranquilo, Welor, es la... intensidad del momento el que habla en la boca de mi hermana. —Mandy buscó las palabras correctas para dirigirle a su cuñado—. Una vez que tengas a tu hijo en tus brazos, sabrás que todo valió la pena. Muy pronto estarás buscando el segundo. —Sonrió, encantadora.

Welor asintió, aunque todavía lucía bastante nervioso.

—Yo creo que antes de tener un segundo hijo, Nehiri le corta...

—¡Lira, no termines esa frase! —Mandy hizo callar a su hermana—. Si no tienes nada bueno que decir, mejor cierra la boca.

—Qué bien, Leoneth ha ido a hablar con Welor. —Atta observaba fijamente a los hombres reunidos a escasa distancia de ellas—. Espero que tu marido sepa apaciguar sus ánimos, Mandy. O al menos hacerlo reír un poco con alguna anécdota positiva sobre ser padre.

Lay observó al esposo de Mandy acercarse al próximo nuevo padre, aunque dudaba que sirviera de mucha ayuda para calmar al pobre hombre. Leo, como solía llamarlo, lucía tan nervioso como su amigo, sus pasos eran más similares a los de un pato surcando un vado enlodado que a los del gallardo leñador que ella conocía.

—Ojalá le cuente una anécdota agradable sobre ser padre —comentó Lay,

notando que las manos de Welor, el marido de Nehiri, temblaban cuando sostuvo su pipa frente a Leo para que él la encendiera con una cerilla, provocando que por poco le prendiera el bigote y la barba.

—Sí, como aquella ocasión en que los pañales de Nico se derramaron sobre las piernas de Leo, cuando él lo sentó en su regazo, y el pobre hombre quedó lleno de mierda...

—Lira, basta ya. —La hizo callar su hermana mayor—. Estoy segura de que Leo sabrá animar a Welor. Ahora son hermanos, después de todo —Mandy habló con una sonrisa de orgullo en su rostro al observar a su marido, llevando en brazos a su pequeño hijo, Nico.

Lay observó la escena con ternura en la mirada. Pero su sonrisa se borró de su rostro cuando un tercer hombre se acercó al grupo. Crozog.

Él parecía no haber notado su presencia, porque se aproximó al grupo de mujeres con una sonrisa alegre en los labios, y cuando sus ojos se toparon con los de Lay, se dio la media vuelta y cambió de dirección para dirigirse al grupo de hombres a unos metros de ellas.

—Ese tipo me cae tan bien como un conjunto de tripas de gato todavía rellenas de su contenido —comentó Lira, posando una mano sobre el brazo de Lay—. No te perdiste nada, Lay. Es mejor estar sola que con escoria como él.

—Aún no entiendo cómo pudo ser tan grosero contigo. Eres una chica tan amable —comentó Mandy, frunciendo el ceño.

—No es importante... Creo que debo volver a entrar a la cabaña —dijo Lay, mirando a las hermanas con una sonrisa fingida—. Mamá debe necesitarme.

—Cariño, eres demasiado tímida y los hombres comunes no saben apreciar la belleza interna de una mujer a la primera impresión. Pero los verdaderos hombres, aquellos que valen la pena, saben reconocer a una joya entre los granos de arroz. Y tú eres una joya, Lay. Cuando ese hombre llegue a tu vida, habrás encontrado tu media naranja —le dijo Mandy, dedicándole un abrazo lleno de cariño a su amiga.

—Eso, o podrías intentar decir alguna palabra cuando te presentemos a un chico —añadió Atta—. Ya sabes, para que sepan con certeza que sabes hablar...

—¡Atta! —La hizo callar Mandy demasiado tarde.

—Está bien, no importa... Yo... debo irme. —Lay sentía las mejillas arderle por la vergüenza.

La verdad es que era muy tímida. Toda su vida lo había sido. En la escuela

había sido el centro de las burlas de los chicos por ello, y en la juventud sencillamente se había convertido en un ser ignorado, como si fuera invisible. Su vida yacía en el trabajo que su madre algún día le legaría como la curandera del pueblo. Vivía con la nariz enterrada entre libros, practicando nuevas mezclas medicinales y aprendiendo de la ardua labor de su madre, que nunca terminaba.

La mayoría de las naciones de Dyamart estaban en guerra, los soldados caídos yacían por todas partes, y no era raro que muchos de ellos pasaran por Amardath, el poblado donde vivían, de camino al frente de batalla. Lay y su madre tenían trabajo por montones día y noche, la labor de un médico nunca terminaba, por lo que para Lay detenerse a pensar en la desgraciada vida amorosa que llevaba, o la falta de ella, no era una opción en ese momento. Y a pesar del sabor amargo en la boca que el saber que seguramente terminaría sus días estando sola, y que su corazón nunca sería calentado con la llama del amor, prefería pensar que tenía una labor importante en el mundo y que su existencia estaba marcada por el beneficio de un bien mayor, y no uno personal, como sería el desposar a un hombre y formar una familia.

Después de todo ella era una Atzin. Una habilidad heredada por su madre que les proporcionaba la habilidad de crear agua, y en el caso de su madre, aliviar el dolor con solo posar las manos sobre un ser herido, y en escasas ocasiones, curar.

A pesar de que Lay era una Atzin también, sus habilidades estaban muy reducidas en comparación a las de su madre. Ella nunca había querido que Lay desarrollara sus poderes. Era importante mantener en secreto total lo que ambas eran. Ser una Atzin en ese mundo era peligroso, por ello nadie debía enterarse de la verdad, ni siquiera sus mejores amigas, por más allegadas que fueran a su familia.

No obstante, ser una Atzin también traía responsabilidades, su madre se lo había enseñado toda su vida. Tenían el deber de ayudar con su don, una labor extenuante, sumamente difícil y que muchas veces iba acompañada de la soledad...

—¡Lay! ¡Lay! ¡Henderlay, ¿qué demonios estás haciendo allá afuera?! —le gritó llamar, su madre, apareciendo por la puerta de la cabaña—. ¡Necesito que me ayudes, niña!

—Lo siento, mamá. —Lay corrió a su lado y entró a toda prisa en la cabaña.

—¿Has vuelto a marearte? —le preguntó su madre cuando la tuvo ante ella,

estudiándola con la mirada.

—Lo siento... Yo...

—Está bien, ya te acostumbrarás. —Su madre sonrió, posando una mano sobre su hombro—. Yo también me mareé la primera vez que vi a mi mejor amiga dar a luz.

Lay sonrió con ella, sintiéndose un poco más aliviada.

—¡Maldición, esto duele...! —Los gritos de Nehiri desde la habitación volvieron a hacer palidecer a Lay. Sin embargo, esta vez inspiró hondo y se dirigió directo a la puerta donde sabía se encontraba su amiga.

—Espera, cariño, lávate bien las manos con agua caliente primero —le recordó su madre—. No queremos infecciones. Se trata de un parto, y las normas son más relajadas, pero no por ello debemos descuidarnos.

—Tienes razón, disculpa... —Se quedó de pie con el ceño fruncido al notar que su madre adoptaba una expresión grave en el rostro. Y al asomarse al balde que usaban para el agua limpia, se dio cuenta del motivo. Estaba vacío.

—Iré por agua —le dijo Lay enseguida, dispuesta a tomar el balde y salir corriendo al bosque, el sitio donde se encontraba el único pozo con agua a la redonda.

La sequía que azotaba la zona había dejado sin agua a todos los riachuelos y pozos en el pueblo, por lo que los habitantes debían ir a tomar agua al único pozo disponible, a un kilómetro de distancia, ubicado dentro de lo más espeso del bosque de abedules.

—No. —Su madre la detuvo antes de que pudiera alejarse—. El pozo está demasiado lejos, y el bebé está por llegar... —Lay miró a su madre con preocupación, sabiendo qué se cruzaba por su mente. Un debate entre el deber y la necesidad de mantener su secreto oculto que muchas veces se había cernido en su cabeza.

—Debes hacerlo —Lay pronunció las palabras que su madre debía estar formulándose interiormente.

Los ojos de Ilamar, de un azul intenso y claro como el agua de montaña, se posaron sobre el rostro consternado de su hija. Y asintió.

—Vigila que nadie esté cerca —le pidió en un susurro.

Lay asintió y se dirigió a la puerta que conducía a la habitación desde donde llegaban los gritos. En el interior, Nehiri seguía luchando con el dolor, mientras Feoni, su madre, se mantenía a su lado, aferrando su mano con decisión a pesar de que sus nudillos estaban tan blancos que parecía que

estaba a punto de perder los dedos. Sin embargo, la mujer se mantenía firme y sonriente, dándole ánimos a su hija para continuar, demasiado concentrada en Nehiri como para prestar atención a la puerta cerrándose a su espalda.

—Está todo despejado —le hizo saber Lay a su madre.

La mujer asintió y entonces alzó ambas manos sobre el cubo. De sus dedos, igual como si se tratara de una fuente, emergieron gotas de agua hasta formar un chorro, que llenó enseguida el contenido del cubo con la más pura y cristalina de las aguas.

Ni siquiera deberían hervirla.

—¿Cuándo me enseñarás a hacer eso? —preguntó Lay, mirando a su madre con una sonrisa radiante, llena de orgullo.

—Eres una Atzin, tú puedes hacerlo cuando quieras, lo traes en la sangre. —Su madre le sonrió y enseguida adoptó una expresión seria—. Lo que no quiere decir que debes andar haciéndolo en cualquier momento y en cualquier lugar. Ya sabes que es muy peligroso. Si alguien se entera...

—Lo sé, mamá —Lay la interrumpió. Sabía muy bien las consecuencias de que su secreto fuera descubierto. Su madre llevaba recordárselo toda la vida.

En un mundo devastado por la sequía y donde el agua era más valiosa que el oro, poseer el poder de una Atzin era tanto una bendición como una maldición.

La gente peleaba por apoderarse de los Atzin que existiesen como si de tesoros valiosos se tratasen, y no personas con sentimientos y capacidad de pensar.

Guerras se habían levantado, la gente comerciaba con personas como ella, del mismo modo como antiguamente se había hecho con los esclavos y los caballos.

Y ya que el valor de un Atzin superaba en millones el valor del oro, a la mirada de tanta gente obsesionada por el poder y la fortuna, de descubrirse su secreto, Lay y su madre serían convertidas en objetos valiosos, que muchos no dudarían en usar para comerciar, dejando al olvido que se trataban de personas.

Y por ese motivo era vital mantener su secreto. Ilamar había enseñado en profundidad a su hija el arte de la curación y la medicina, sin embargo, nunca había deseado otorgarle entrenamiento alguno en cuanto a sus poderes de Atzin.

La magia, cualquiera que fuese, estaba prohibida en Dyamart para todo

aquel que no fuera un Kisinkan. Y la magia de las Atzin era la más peligrosa de todas; la magia del agua que podía contrarrestar la del fuego de los dragones Kisinkan.

Su madre le había prohibido usar sus poderes desde que tenía memoria, considerándolo algo sumamente peligroso que podría acarrearle más problemas que beneficios. *Algún día le enseñaría*, es lo que siempre le repetía, pero ese día aún no llegaba, y Lay dudaba que llegara pronto.

Para su madre el que ella se mantuviera ignorante sobre los talentos de una Atzin era equivalente a protegerla.

Quizá en la cabeza de su madre, mientras ella consiguiera lucir más como un simple humano, gente sin magia ni poderes sobrenaturales, Lay se mezclaría con mayor éxito entre los pueblerinos regulares, pasando desapercibida entre la gente común, y, de ese modo, manteniéndose a salvo.

Muchas veces Lay sintió envidia de los humanos, conformaban la mayor parte de las poblaciones de las naciones de Dyamart, siendo incluso más numerosos que los Kisinkan, sus opresores...

Su madre le había contado que muchos años atrás, antes de que las antiguas naciones cayeran, habían llegado a Dyamart los Kisinkan, la gente dragón. Su poder era tal que antes de arribar a su planeta, habían conquistado a otros cientos o miles de mundos. Dyamart solo era otro más.

En ese entonces las personas solían llamar a su planeta La tierra. Pero al igual que cambiaron el orden de todo, los Kisinkan también cambiaron el nombre del planeta.

Trajeron consigo a cientos de otros como ellos y dominaron su mundo.

Ahora Dyamart estaba dominado y habitado por esos Kisinkan. El mundo que antaño perteneció a los humanos y a seres mágicos como los Atzin había desaparecido por completo.

Solo quedaban dos reinos Atzin, uno en el norte y otro en el sur. Los únicos seres que permanecían siendo en cierta forma independientes del dominio de los dragones y, por lo tanto, protegidos de ellos.

A pesar de ser Atzin, tanto ella como su madre no pertenecían a ninguno de los reinos. No contaban con la protección de nadie. Estaban por su cuenta, corriendo el riesgo de vivir en una tierra hostil, todo con tal de ayudar a otros.

A pesar de ser una Atzin inútil en cuanto al despliegue de sus dones, Lay conocía la importancia de esta creencia de ayudar a otros, inculcada por su madre desde la cuna. Como sabía que, de descubrirse su secreto, su vida como

la conocía, terminaría.

Lay podría ser vendida y comprada como una esclava por cualquier rey Kisinkan, en el mejor de los casos, o terminar siendo una prostituta exótica o una concubina de algún jefe de una tribu del desierto, en el peor.

Los Atzin, aunque fueran sin entrenamiento, al igual que un diamante en bruto, eran un tesoro demasiado valioso como para dejarlo pasar.

—¡llamar, date prisa, creo que veo su cabeza...! —La voz de Feoni desde el interior de la habitación devolvió a Lay a la realidad.

—Vamos, cariño. —llamar dedicó a su hija una mirada de determinación—. Es hora de trabajar.

Lay asintió y la siguió al interior de la habitación. El rostro de Nehiri, rojo y desenchajado por el dolor, la recibió.

—Tranquila, todo va a estar bien —le dijo Lay, corriendo a ayudar a su madre—. Ahora es cuando debes reclinar te para que mamá pueda revisar allí abajo y ver cómo va todo.

Notó que su madre tomaba una navaja muy afilada de la bandeja de instrumentos esterilizados y hacía un corte en la piel alrededor de la cabeza del niño, enrojecida y cubierta de sangre. Lay sintió que se mareaba al ver la carne desgarrada, pero tomó una honda bocanada y se forzó por sonreírle a su amiga.

—Es el momento —declaró llamar, echando un vistazo al rostro de la joven—. Ahora es cuando debes pujar.

—Vamos, Nehiri. —Lay estrechó con cariño la mano de su amiga—. ¡Puja!

Su amiga dio un grito descomunal al tiempo que pujaba con todas sus fuerzas, y Lay se unió en su grito cuando sintió que los huesos de su mano se convertían en astillas bajo su agarre de oso.

—¡Eso es, Nehiri! —gritó Feoni, pasando un trapo húmedo por la frente sudorosa de su hija—. ¡Lo veo! ¡Veo su cabeza!

—¡Haz que salga ya! —gritó Nehiri, pujando una vez más.

—¡Haz lo que ella dice! —gritó a su vez Lay, intentando en vano soltarse de la mano de su amiga.

Notó que la mano de su madre se posaba en el tobillo de la chica, solo fue un momento, pero bastó para que Lay supiera que la estaba ayudando. Estaba usando su poder de Atzin para aliviar su dolor.

Nehiri gritó una vez más, pero su grito fue más débil, un grito decidido para pujar con fuerza.

Y entonces al fin sucedió.

—Ya está aquí, hemos terminado, Nehiri. Puedes descansar —anunció Iltar, con voz neutral, como si aquello fuera tan natural como haber terminado de tejer un chal.

Se escuchó el llanto de un recién nacido y el rostro de Nehiri se transformó del dolor a la completa dicha.

—¿Está bien...? —preguntó con voz suave y cansada, estirando el cuello para ver al diminuto bulto rosado que Iltar tenía entre sus brazos.

Su madre terminó de limpiarle el rostro, la nariz y la boca con un trapo limpio, y envolvió al recién nacido en una sábana antes de entregarlo a su madre.

—Ella está perfecta —le dijo Iltar, con una sonrisa de satisfacción en los labios—. Felicidades, mamá.

Nehiri sonrió, derramando lágrimas de felicidad, mientras estrechaba a su hija recién nacida entre sus brazos. Feoni, a su lado, no dejaba de llorar.

—Es preciosa, mi cielo, preciosa. —Feoni besó a su hija en la frente, dedicándole una mirada orgullosa a su nueva nieta.

—Por el Creador, me alegra que terminara ya... —Lay soltó un bufido, y su madre le dio una palmadita en el brazo.

—Lo has hecho muy bien. —Iltar esbozó una sonrisa llena de orgullo a su hija—. Quizá quieras poner un poco de agua helada a esa mano.

Lay se acomodó a su lado, negando con la cabeza.

—Tenemos trabajo por hacer todavía. —Y así era, aún debían esperar a que se desprendiera la placenta y poner puntos en la abertura que había hecho su madre con la navaja. Sintió náuseas una vez más—. Aunque tal vez debería ponerme algún vendaje. Creo que Nehiri me rompió la mano —musitó en voz baja.

Su madre rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Deberás habituarte, cariño. Esta será tu vida cuando yo no esté.

La sonrisa se borró del rostro de Lay. Miró a su amiga, sonriendo con su hija recién nacida entre los brazos y pensó que sin duda querría hacer aquello por el resto de su vida. Dar alegría a la gente.

Sin embargo, sabía también que nunca podría hacerlo a menos que llegara a dominar el arte de la curación como lo hacía su madre. Sin ascos, ni náuseas ni vértigo cuando las cosas se pusieran difíciles. Y por encima de todo, debería aprender a utilizar sus poderes de Atzin. Porque de otro modo, no

tenía idea de cómo conseguiría realizar aquella labor.

Un amor inesperado



Calíope Forrester, americana y nieta de una aristócrata de Inglaterra, llega a Londres para ser presentada en sociedad. La impresión que genera escandaliza a toda la nobleza, incluso al inalterable duque al que todas las jovencitas en edad casadera buscan atrapar.

Alexander Sebastian Kensington, duque de Warwick, al que su familia le exige un pronto matrimonio, encuentra en Calíope la solución perfecta para poder conservar su soltería, pues su abuela jamás permitiría que su sangre se mezcle con la de una rebelde americana tan lejana a las formas inglesas. No obstante, los sentimientos y la razón de Alexander entrarán en una batalla que lo llevarán a un desenlace inesperado.

Pero eso no es todo. El medio hermano del duque, dueño de un oscuro pasado, traerá nuevos problemas que no solo pondrán en riesgo la reputación de ambas familias, sino también los destinos de Alexander y Calíope.

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Kathia Iblis

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-97-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 1

[1] En español, «abuelo».

Índice

Un amor inesperado

Nota editorial

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Kathia Iblis

Créditos

Notas